



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CONTRA LA DEMOCRACIA

**ELEMENTOS DEL ENGAÑO DEMOCRÁTICO Y EL USO
PARA SUSTENTAR LA SERVIDUMBRE DEMOCRÁTICA**

**ENSAYO
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y ADMINISTRACIÓN
PÚBLICA.
(OPCIÓN CIENCIA POLÍTICA)**

**PRESENTA
LUIS ANTONIO REYNOSO LÓPEZ**

ASESOR: DR.FERNANDO AYALA BLANCO



CIUDAD UNIVERSITARIA

AGOSTO DE 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	- 2 -
I. REFLEXIONES EN TORNO A LA DEMOCRACIA	- 11 -
II. EL FULCRO DE UNA MENTIRA.....	- 36 -
III. LA GRACIOSA PROSTERNACIÓN DEMOCRÁTICA	- 65 -
EPÍLOGO	- 78 -
BIBLIOGRAFÍA	- 84 -

INTRODUCCIÓN

Al tomar este ensayo en sus manos, quizá habrá ya escuchado las noticias del día de hoy, o seguramente tendrá en la memoria un buen tanto de ellas retumbando en la cabeza, por lo que recordará que la democracia aparece citada en varios medios y en otros tantos lugares públicos, como la recurrente y única alternativa de bien para la correcta y saludable convivencia de los políticos y en general del hombre en sociedad. Con sumo entusiasmo, teóricos, académicos, periodistas, intelectuales, y ese disoluto eco que es la sociedad contemporánea, influida por el diario y desbordante flujo mediático, redundan el mismo discurso alentador en torno a un futuro pleno y prometedor, si y sólo si, la democracia está presente, no únicamente en los gobiernos que administra la sociedad, también en la manera en la cual llevamos nuestra vida diaria.

Víctimas de dicha intromisión, la democracia ha llegado para constituirse e imponerse como la relativamente nueva y única forma de vida, de la que nadie parece querer dejar su placentero y hasta cierto punto cómodo lugar en la sociedad. Sea como fuere, este amodorramiento, nos ha conducido a aceptar dicha forma de gobierno y a todos los conceptos que la sostienen como dogma de fe, como sagrada religión en la que poco o nada es permitido descalificar, y muy a su pesar acepta cierto tipo de crítica u opinión –pero nunca más que eso-, que lo único que pretende es crear la apariencia de que no está cerrada a la pluralidad de comentarios (tolerancia), ya que todos somos capaces de participar en la formación de sociedad (igualdad), y por tal motivo es conveniente mostrar a todos por igual la información necesaria para tomar sus decisiones (transparencia).

No es necesario abrir demasiado los oídos para darse cuenta que la democracia está presente en casi todos los ámbitos de nuestra vida. La costumbre de vivir en este mundo ideal que es el democratizado, nos obliga a padecerla o quizá debería decir nos embelesa por voluntad propia, gracias a su constelación de buenas intenciones presentes y futuras. De igual forma, el estruendo de la opinión pública impide movernos de nuestra esfera de seguridad, quizá por flojera ideológica en la

que estamos estancados, recostados en los laureles de la paz y armonía de la prometida democracia.

¿Por qué siendo nuestra cultura occidental una reminiscencia de los antiguos filósofos griegos, nos empeñamos en falsear sus enseñanzas? La democracia es una forma de gobierno que, sólo después de los siglos de las grandes revoluciones políticas, XVII y XVIII, y muy particularmente después de la Revolución Francesa, es cuando se comienza a considerar la mejor forma de gobierno posible. Los tan citados filósofos clásicos griegos, Platón y Aristóteles, no veían en esta forma de gobierno más que la perversión de los valores puros y justos que debían guiar a toda comunidad política. El libertinaje, la igualdad mal entendida, la ignorancia del vulgo y su consecuente manipulación, entre otras, son parte de su objeción a la forma de gobierno democrático. Quien ahora articula su discurso a favor de esta originaria corrupta forma de gobierno, se vale de un mal entendido, quizá en parte, culpa de la costumbre académica e intelectual, de la ignorancia, del descuido o desgano en buscar fuentes primarias que les permitan dejar a un lado la persistencia de nuestros teóricos democráticos contemporáneos que corean y porfiar un discurso pro democracia, prefiriendo quizá continuar con la moda en turno. Como vemos tenemos, por un lado, la alteración histórica del término, y por otro, la falsificación de la naturaleza de la democracia, misma que en la actualidad se sostiene sobre falsos absolutos y argumentos descontextualizados, los cuales son pretexto para justificar una gustosa prosternación ante quien los defiende.

Así pues, la democracia está basada en una serie de premisas básicas como las anteriores y otras tantas más, de las cuales se ha forjado inseparablemente para cimentar su retorcida y machacona argumentación. *Ad nauseam*, se reproduce la perorata de que la democracia es la etapa final del desarrollo de toda comunidad política, utopía siempre buscada y ahora perseguida voluntariosamente día a día por los hombres de bien, el paraíso prometido y quintaesencia del modelo a seguir por todos de aquí a la eternidad.

Lo dicho en el párrafo anterior parece obvio para todas las formas de gobierno existentes, ya que cada una de ellas –claro está, de distintas formas- pretende convencer a sus gobernados o súbditos, ser lo mejor que les puede haber pasado después de que el orden natural de existencia se ha perdido. Sin embargo, de todas las formas de gobierno, algo hace más lastimosa a la democracia, algo que por si sola la retrata más peligrosa comparada con las otras formas de gobierno: la hipocresía; y es en esa misma hipocresía en la que los hombres han encontrado su refugio natural para justificar su servidumbre voluntaria, dicho en palabras del joven La Boétie. Esto quizá me permite entrever la necesidad casi imperante de cada ser humano de recibir una dosis de engaño o autocomplacencia suficiente, casi en unidades cuantificables, a fin de no sentir que ha fallado en su misión en esta vida. Las “antiguas” formas de gobierno aceptaban de inicio que en ellas siempre había una dominación presente, con la cual se cohabitaba, por decirlo de alguna manera, y además era claramente identificable. Los argumentos aludidos estaban claros entre el gobernante y el gobernado. Pero en la democracia la intención es disfrazar la verdadera naturaleza de la dominación con un fastuoso ropaje de palabras ligeras, ataviado de buenas intenciones el cual cubre todo el cuerpo del buen ciudadano responsable y participativo.

Por tal motivo, este ensayo no es una crítica y mucho menos es una alternativa para mejorar o afianzar la democracia. Más que eso, es una argumentación para afirmar mi pensar contra la democracia, en tanto falsificación de su concepción y naturaleza originaria; una argumentación contra algunos de los conceptos a los cuales considero fulcro de la teoría democrática actual, para así demostrar que estos elementos son en buena medida los causantes de esa extraña pero constante supinación política de los hombres en sociedad, pero a la vez amada por las civilizaciones contemporáneas.

No me deja de generar inquietud el por qué la democracia parece andar sin sombra, y a razón de ello este ensayo se justifica, y es que no hay siquiera pocos textos que reúnan este tipo de argumentación en contra de la democracia. Si uno consulta la bibliografía de la democracia encontrará la infaltable historia de su

origen, desarrollo y establecimiento de la misma, caracterización y ventajas ante otras formas de gobierno, fundamentos, filosofía, teoría y práctica de la democracia, sistemas electorales, transiciones y modelos de democracia, transparencia y rendición de cuentas, participación ciudadana, cultura política y, bueno, hasta manuales de cómo ser buen ciudadano y de qué manera educar a su hijos para que sean demócratas modelo. En cambio, los comentarios contra esta forma de gobierno, eso si son pocos, están repartidos como perlas preciosas en textos de diversos géneros, muchas de ellas son sentencias que en ocasiones la tocan tangencialmente y en otras tantas son lapidarias, breves y concisas en forma de aforismo. Por ejemplo, y con el afán de evitar contrariedades, el enunciado contra la democracia, mismo que he elegido como título de este ensayo, lo he localizado en otros textos y libros que abordan en sus líneas –muy a su manera- este rechazo a la democracia. Baste citar el texto del físico español Martín López Corredoira, aparecido en la revista DIKAIOSYNE No. 12 de la Universidad de los Andes en Mérida, Venezuela; el libro de Miriam Qarmat, *Contra la democracia*, publicado en Argentina; y del filósofo español Gustavo Bueno el *Panfleto contra la democracia realmente existente*. Empero, el título de este ensayo tiene muy particular inspiración en una antología de ensayos políticos del poeta portugués Fernando Pessoa, reunidos bajo el título *Contra la democracia*.

Acaso sea la característica falta de visión de nosotros los auto proclamados modernos, o quizá la simple y llana ignorancia, la razón de que sean muy pocos los que han levantado la mano, no para criticar a la democracia con afanes de salvadores o redentores de la sociedad contemporánea -no, de esos tenemos muchos y no aportan nada-, de los que hablo son los que se pronuncian en contra de la democracia. De ahí que sea necesario rescatar esta mirada diferente, fuera de la lela democrática que es incapaz de ir en contra de su propio discurso dominante, esto con el afán de agitar algunas mentes, no con anhelo de redentor o pastor de ovejas en pos de un inexistente buen camino, es más bien en el sentido etimológico de la palabra utopía, mostrar que la democracia es nuestro derrotero hacia ningún lado.

Sé muy bien que esto no es nuevo y ha habido una lista inmejorable de escritores y pensadores más agudos y avezados en el tema de la democracia y sus problemas. Sin embargo, por lo regular no son parte de la costumbre llevarlos a las bibliografías de estudiosos de las ciencias sociales. De aquí que mi intención es incluirlos en este trabajo para crear un tipo de diálogo entre ellos.

He elegido el ensayo como manera de expresar mis reflexiones sobre el tema porque pretende tomar distancia de los clásicos temas de estudio en torno a la política y la sociedad, los cuales, dicho sea de paso, están plagados de todo tipo de argumentaciones sustentadas por encuestas, estadísticas, tablas atiborradas de datos duros y gráficas grandilocuentes. Estos estudios por medio de inferencias probabilísticas, lejos de demostrar cuál es el estado real de las cosas, ignoran que aquello tomado como universo de estudio, no es sino una pequeña parte del todo que pretenden describir, por lo tanto, un sesgo de la totalidad a la cual se enfrentan. En cambio, prefiero hablar desde mi trinchera, porque cada ensayo es un intento de verter en un tanto de palabras escritas la experiencia personal, el mundo que por lo pronto me ha tocado ver y vivir.

A la manera de Montaigne, diría Martín Cerda, el ensayo significa “inicialmente el acto de ‘pensar algo’, de someterlo a prueba frente a una contingencia hasta ese momento inédita”¹. Algo parecido explica el *Diccionario de Autoridades* al mencionar que el ensayo nace “de la inspección, reconocimiento y examen del estado de las cosas”. De tal forma, el método más cercano a la elaboración de este trabajo es una interpretación de varios textos, en un sentido hermenéutico, y de alguna manera interrogar e interpretar las partes sueltas localizadas en varios textos y por lo tanto encajan en la argumentación contra la democracia, esto sin pretender llegar a ser el punto final de la discusión. Contrario a una conclusión, el ensayo tiene la intención de prolongar la lectura de los textos presentados y proponer un personal punto de partida para la discusión de las ideas expuestas,

¹ Martín Cerda, *La palabra quebrada. (Ensayo sobre el Ensayo)*, Chile, Tajamar editores, 2005, primera edición, p. 28

dejando la puerta abierta a nuevas interpretaciones que puedan remover o perturbar todo lo dicho.

En este sentido, los tipos de investigación que pretendo utilizar para estudiar este tema son dos: descriptiva y la explicativa. La primera, para dar un panorama o visión general clara de lo que pretendo exponer durante la investigación, apoyándome en lo dicho por los autores utilizados en el ensayo, y la segunda para desarrollar mi ideas y experiencia personal y al ser el ensayo un género de reflexión intentar establecer una conexión entre las cosas.

Para esto me auxiliaré prácticamente en su totalidad en las técnicas de investigación documental. En efecto, al ser un tema que no necesariamente es de campo, sí espero nutrirlo de las ideas, experiencias y reflexiones propias, además de autores que no son muy citados y menos estudiados, ya sea por que no forman parte del listado de teóricos mencionados en las clases de la política y la sociedad, o porque simplemente son desconocidos o despreciados por su mayoría. Una buena cantidad de autores que pretendo utilizar no se podrían enmarcar en un esquema teórico único.

Este ensayo está dividido en tres partes, y aunque en cada una de ellas podrían identificarse una suerte de subtemas que igualmente parecen ser independientes, su intención es fortalecer el conjunto de la argumentación, siempre cuidando que guardasen el propósito del título principal al cual se refiere.

Dicho lo anterior, la primera parte tratará de hacer memoria del origen clásico de la palabra democracia y de evocar a las que quizá sean las voces más conocidas del antiguo pensamiento griego: Platón y Aristóteles.

La palabra, unidad exclusiva de los hombres, misma que nos distingue de las bestias, por la cual los seres humanos se comunican, forman argumentos y discursos, los cuales permiten en ocasiones liberar de su mente toda clase de imágenes, a fin de que los demás sepan lo que están pensando, en el caso de la democracia ha sufrido un trastrocamiento, por no adelantar una falsificación, por lo cual haré un cuestionamiento sucinto pero al mismo tiempo espero sea certero,

aunque para nada pretende llegar a ser especializado, del sentido original de la que hoy es en política la palabra más recurrente y más difundida entre propios y extraños. Así pues la palabra será el primer punto de cuestionamiento y ya con esta grieta en la planicie de la argumentación democrática, pasaré del examen del sentido original o la forma originaria de la palabra, al cuestionamiento de la democracia como forma de gobierno, esa de la que nos enorgullecemos por ser el mayor legado de nuestros maestros. Nuevamente he tratado ser breve, por lo que me quedo en la llamada época dorada griega y apoyado en los comentarios vertidos por los aclamados clásicos, Platón y Aristóteles dejar en claro, contrario a lo acostumbrado a divulgarse, estos personajes detestaban la democracia por una multiplicidad de hechos y ejemplos. Con ellos como referencia y sus textos como apoyo, mostraré un mundo diferente al insertado en la mente de quienes dicen defender a la democracia por ser la forma de gobierno más aceptada desde la antigüedad.

La segunda parte da un salto enorme en el tiempo para abordar el tema de la democracia desde su actual concepción como un conjunto de elementos o principios básicos e indispensables, usados comúnmente para sostener su argumentación. De dicha constelación de elementos elegí tomar cuatro que a mi consideración son los más utilizados o mayormente citados y en conjunto me he dado en llamar el fulcro de la mentira democrática. Dicho de otra manera, son conceptos consagrados como estandartes de la legión pro democracia, sin los cuales se vería imposibilitada para mantener su estatus inequívoco de “la mejor forma de gobierno”, esto sin ver que en realidad encierran características falsarias y sólo son engaños o malos entendidos, por decir lo menos.

Así pues, está presente lo que para Aristóteles y Platón es el mayor de los males engendrados por la democracia: la igualdad. Los religiosos igualitarios de afanes niveladores se presentan al comienzo porque después de tantos siglos sigue siendo la ambición del demócrata contemporáneo, aunque ésta sólo sea por medio de argumentos legales. En segundo término están los hombres de celofán, los amantes de la transparencia, quienes pretenden despojar de sus prendas al

poder en un afán quimérico de “conocimiento mayor”; odian el secreto y prefieren el estruendo, el escándalo, y gustan del espectáculo del circo de la realidad. Pero lo anterior no sería posible sin la tolerancia, amante de todo cuanto pueda haber, no discrimina, aceptar es su característica principal, respeta porque cada cabeza es un mundo, y en este mundo democrático nadie queda fuera, todo vale. Así se proyectan como estatuas inmóviles los respetuosos hombres contemporáneos, tolerantes y capaces de aguantar y soportar las ideas de los demás, así sea quizá hasta la muerte; escuchan, no escuchan nada, pero escuchan, porque llevan en hombros la pesada indicación del cortés, cordial ciudadano modelo. Como colofón y principal logro de los anteriores valores democráticos nos topamos con la paz, que quizá sea la meta planeada por la democracia, mundo ideal en el que todos vivamos en armonía y sin conflictos. Enfrentada a esta idea de paz, la reflexión final versa sobre su contrario: la guerra y la violencia, las cuales vale decirlo de una vez, es inherente a nuestra existencia, aunque exista siempre un absurdo afán de exorcizar este fantasma.

Lo anterior aun no es suficiente para explicar mi contrariedad hacia la democracia, por lo que abordaré un asunto en ocasiones desatendido o quizá temido por los buena parte de teóricos sociales. Pero ahora en vez de revelar algunas de las falacias de las que se vale esta forma de gobierno para sostenerse, he tratado de explicarme por qué es posible tanta credulidad e idolatría hacia esta nueva religión. La última parte del ensayo, es en buena parte una referencia al texto de Étienne de La Boétie, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, texto si no olvidado, si relegado por buena parte de los científicos sociales estudiosos de la democracia y, por otra parte, otras tantas veces mal interpretado por la mayoría de las escuelas e ideologías. Con el casi total apoyo de esta obra, mencionaré que no ha cambiado (y quizá porque nunca cambiará) la manera en que la sociedad se comporta hasta el día de hoy, sin importar la forma de gobierno que lo guíe o subyugue, según sea el caso.

Al final del ensayo el lector encontrará un epílogo con ideas propias que darán cuenta de lo que en la mente me ha dejado el tema abordado. Como se verá, éste

escapa de lo que se espera de una conclusión o de la clásica propuesta que se suele leer al final de los trabajos de este tipo.

La lectura de todas las partes le da fondo y sentido al título ya mencionado de este ensayo, pero quiere dejar en claro que no va en busca de un lamento, o una queja depresiva de quien escribe. En contrasentido, espero causar al lector varios momentos una risa nerviosa ante el ridículo de imaginarnos displicentes ante la nuestra realidad, así el lector tendrá la oportunidad de adentrarse en los elementos citados en esta breve obra, y haga de ello un pretexto para reírse de este monstruo totalitario creado por nosotros mismos; abrir los ojos ante el mundo de imposibles e improbabilidades, el cual nos hemos empeñado amorosamente en levantar, aun a nuestra costa. Después de todo, como diría Álvaro Mutis, “el verdadero humorista no es el que nos hace reír, sino el que nos hace reflexionar con desconsuelo sobre nuestras incurables debilidades.”² La democracia es el otro mundo ajeno a nuestra esencia e impide reírnos de ella porque se levanta ante nosotros como especie final de la evolución política, y se encaja virulenta en nuestros corazones para ocultar nuestra condición. Aquí una muestra breve de ello.

² Guillermo Muñoz de Baena, “Sálvese quien pueda”, *Algarabía*, núm. 77, año X, México, febrero, 2011, p. 52

I. REFLEXIONES EN TORNO A LA DEMOCRACIA

Enfrentado con el papel en blanco ¡Qué Waterloo en perspectiva!

E. M. Cioran

¿Cómo empezar la definición de democracia o por lo menos como brindar al lector un punto de inicio de esta idea?

La tarea no parece fácil. Mejor dicho, no lo es. Podemos gastarnos incontables cientos de rollos de papel y galones de tinta (perdón por las herramientas nostálgicas), además de ocupar buena parte de la vida de varias generaciones tratando de agotar este tema sin llegar al final. Vaya desventura me he planteado. ¡Aventura, Sancho aventura! diría El Hombre de la Mancha a su leal escudero. Por tal motivo, y consciente de mis limitaciones, he preferido caer en el “prejuicio clásico”³ de consultar a los griegos como fuente principal y primaria de esta idea.

Parece lo más sencillo al definir el término democracia es empezar por el tan citado origen etimológico de la palabra, claro, de origen griego. Quiero mencionar que aunque son varios los personajes académicos que inician así sus trabajos sobre la democracia, hacerles honores al mencionarlos se llevaría mucho del tiempo necesario para acabar este ensayo, y no daría fin al listado de citas y referencias de cuáles son las obras que así comienzan su exposición al respecto de tan reverenciado término.⁴ En cambio, sí estoy seguro en la coincidencia de la mayoría con algo más o menos parecido a lo siguiente: democracia es una palabra de origen griego; se forma de dos raíces principales: la primera es el

³ Así llama René Guénon a la idea o prejuicio moderno de atribuirle -a veces equivocadamente- el origen de todo cuanto conocemos a los griegos.

⁴ Ejemplos de lo dicho son los siguientes textos. I. Finley, *Vieja y nueva democracia y otros ensayos*, Ariel, España, 1980, p. 20; Mario Justo López, *Introducción a los estudios políticos*, Vol. 2, Depalma, Buenos Aires, 1987, 2da edición, p. 148; Gustavo Ernesto Emmerich, Víctor Alarcón Olguín, coordinadores, *Tratado de ciencia política*, UAM, Anthropos primera edición 2007, p. 112; Leonardo Antonio Curzio Gutiérrez, *Introducción a la ciencia política*, Oxford, colección Textos Jurídicos Universitarios, primera edición 2009, p.93; Victoria Camps, *Introducción a la filosofía política*, Crítica, España 2001, p. 77.

término *demos* el cual significa pueblo, comunidad, gente; la segunda parte es *kratos* a la cual se le traduce como gobierno o poder. Si bien llevamos las cuentas y alteramos el orden de los factores, la suma estos dos conceptos nos dan como resultado que democracia es igual al gobierno del pueblo: DEMOCRACIA = *demos*/pueblo + *kratos*/gobierno.

Lo anterior no parece mal de inicio, pero para estar seguro consulté el diccionario y así acotar el espacio a posibles especulaciones.

Como era de esperarse, una vez consultados algunos diccionarios como el de la *Real Academia Española*, el *Diccionario María Moliner del Español*, y otros tantos más, todos coinciden en la mayor parte de la definición antes mencionada: “Del griego, doctrina política favorable a la intervención del pueblo en el gobierno. Predominio del pueblo en el gobierno político de un Estado.”⁵ Pero, “la curiosidad por lo general mata al gato” diría un viejo refrán. Al buscar en los diccionarios de griego cuál es la palabra para designar tanto a *poder* como a *pueblo*, nos encontramos que una parte de la fórmula se distorsiona y quiebra nuestro esquema. Estos son los resultados: *Kratos* efectivamente significa poder o gobierno, pero *demos* es pueblo no en el sentido amplio utilizado actualmente y en el cual todos están incluidos y donde el pueblo somos todos, sino en cuanto a comunidad, espacio físico, lugar, territorio, es decir, *demos* es una parte, una fracción del todo. Esto para muchos puede ser una perogrullada, pero lo siguiente cambia en algo, (por no decir en todo) nuestra percepción primaria del sentido de la palabra democracia. En griego, para hablar de pueblo en tanto conjunto, totalidad o gran masa de personas que conforman el todo de la comunidad se utilizaba el prefijo *laos* que éste sí es pueblo en el sentido que nosotros los contemporáneos le pretendemos dar al *demos* antes mencionado. Los diccionarios de griego-español lo dicen así: “multitud, muchedumbre; ejército, tropa, infantería, pueblo, nación;... en plural hombres.”⁶ De ahí que existan

⁵ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, México, Espasa Calpe, 2001, vigesimosegunda edición, tomo I, p. 744

⁶ José Manuel Pabon Suarez de Urbina, *Diccionario manual Griego: Griego clásico- Español*, Barcelona, VOX, 2007, pp. 364-365

palabras como: λαο-σσοοζ ου que significa el que sacude o excita a los hombres o a las multitudes; λαογραφια que indica censo, inscripción del pueblo; o la más conveniente para hacer honor al título del ensayo que es λαοφθοροζ lo cual alude al que destruye o pierde al pueblo.

Por lo anterior, no es del todo correcto, por lo menos si de verdad queremos hacerle caso al origen etimológico e incluso histórico de la palabra, el fiarnos de la formula *demos/pueblo + kratos/gobierno = democracia*, es decir, gobierno del pueblo. El gobierno de los demos es más bien el régimen de fracciones, de pequeñas comunidades, grupos de familias, reunidas en un espacio determinado y no como la queremos ver en la actualidad como una forma de gobierno en la cual todos y cada uno de nosotros interviene para dar su opinión sobre el estado de la comunidad y en todo caso participar de las decisiones colectivas o de la sociedad en su conjunto.

Como hemos visto, la definición etimológica de poco nos ayuda a entender del todo que es democracia, sin embargo, esta confusión, ignorancia o quizá sólo mala intención, ha permitido a varios personajes ilustres -por ejemplo Abraham Lincoln en el *Discurso de Getisburg* o en un mismo contexto pero varios siglos antes a Pericles y su *Discurso Fúnebre*- arrancar sus proclamas con una amplia constelación de buenos y altos propósitos para sus gobernados. Gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo en el caso de Lincoln y la sentencia de Pericles de que la democracia es el gobierno donde las mayorías tienen la palabra de mando. Recuerdo de momento que Borges, al inicio del poema titulado *El Golem* reflexiona lo siguiente:

Si (como el griego afirma en el Cratilo)

El nombre es arquetipo de la cosa,

En las letras de rosa está la rosa

Y todo el Nilo en la palabra Nilo.

Forzando un poco este perspicaz poema podemos decir que el significado de democracia no atina en ningún caso. *Democracia* no contiene el sentido real de la palabra, y ni con ella se abarca todo lo que quiere decir en realidad.

Pero dejemos a un lado esta discusión que sin duda es tema y cuestión de los filólogos y estudiosos del asunto, y demos pie a un ejemplo histórico y político paradigmático, citado por innumerables autores de la democracia, cada vez que quieren hacer referencia a los ejemplos de democracia ateniense, en la cual ven el fundamento de sus actuales discursos. En efecto, me refiero al antes mencionado discurso u oración que con motivo de los funerales para los guerreros caídos durante el primer año de la guerra del Peloponeso pronunciara a su pueblo el vanagloriado Pericles, en ese momento gobernante y general de los ejércitos griegos contra la invasión de los persas:

“Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos y, más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría, es democracia. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no antepone las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad. En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres y, del mismo modo, en lo tocante a las mutuas sospechas propias del trato cotidiano, nosotros no sentimos irritación contra nuestro vecino si hace algo que le gusta y no le dirigimos miradas de reproche, que no suponen un perjuicio, pero resultan dolorosas. Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarnos, en la vida pública, un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno y a las leyes, y principalmente a las que están establecidas ayudar a los que sufren

injusticias y a las que, aun sin estar escritas, acarrearán a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida.”⁷

¡Muy bien! Podríamos gritar ahora que aquí está la clave de nuestra postrera vanagloria democrática que hoy le da vida política a nuestra existencia. Sin duda, si algo queremos los hombres es un principio claro: ¿de dónde venimos, hasta dónde hemos llegado? sus palabras son ambrosia para los mortales y que mejor que sean los griegos quienes nos la regalan. Son ellos la cuna de la civilización y por lo tanto de toda forma de vida política, como lo es el caso de la democracia. ¿Pero esto es cierto? Aunque parece difícil, por no decir imposible datar exactamente la aparición de la forma de gobierno llamada democracia, sí podemos referir algunos ejemplos de exiguas expresiones de organización política parecida a la llamada democracia de los griegos. Por ejemplo, siguiendo los comentarios del profesor Northcote Parkinson, y aunque no se cuente con los datos suficientes para hacer una historia completa, nos podemos topar con pueblos indios tales como los lichchavis y con algunas comunidades en el Pendjad y el valle del Indo donde existían asambleas para ejercer el gobierno de forma participativa con los miembros de la comunidad, o como en Tamis donde “estaba más desarrollado el gobierno local e incluso sobre bases más democráticas, con una asamblea pública que elegía el consejo del pueblo.”⁸ Aquí debo recalcar que todo esto se desarrolló antes del año 500 a.c.

Una mención privilegiada y un estudio más amplio deberían hacerse a la civilización llamada del lejano oriente, y muy en específico a lo que hoy conocemos como China. Yo no lo haré, ya que no es mi tema de estudio, así que sólo haré notar que en esta cultura nacieron filósofos que bien pudieron ser parte de tratados democráticos o por lo menos en pro del pueblo e integrantes de una comunidad. De esta civilización se dice que hubo “muchos y variados grupos y asociaciones organizados sobre bases voluntarias y libres, para una variedad sin fin de objetivos y propósitos sociales que hacen de China una sociedad

⁷ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 1999, pp. 344-345

⁸ Cyril Northcote Parkinson, *La evolución del pensamiento político*, Bilbao, Deusto, 1971, p. 210

ampliamente autogobernada y cumplidora de la ley.”⁹ Un ejemplo de esto es Mo-Tsi, que vivió entre los años 479 y 381 a.c, y quien era partidario de que el pueblo participara del gobierno y que el monarca “tiene que prestar oído a las voces de sus consejeros inteligentes. Mayormente conocido es el filósofo Lao-tsé, cuya doctrina “está impregnada de una profunda simpatía hacia los oprimidos, de un sincero amor al pueblo. El hombre inteligente no tiene su propio corazón, su corazón está integrado por los corazones del pueblo... Mira al pueblo como a sus propios hijos.”¹⁰

Quizá valdría mencionar al viejo y sabio rey de Babilonia, Hammurabi quien, con base en la implantación de leyes estrictas, logró amparar “el derecho de propiedad, suavizó la legislación penal, estableció la ley del Tali6n, moriger6 la situaci6n de los esclavos y neg6 a los amos derechos de vida y muerte sobre aqu6llos.”¹¹

Estas civilizaciones de peque6os pueblos, al identificarse con su tierra “la ciudad antigua como entidad pol6tica independiente adopta, una constituci6n olig6rquica o democr6tica.”¹² Les otorgaba un cierto sentido de pertenencia

Se me podr6a acusar de inadvertencia el no se6alar que estas mismas civilizaciones perpetuaron el esclavismo, mantuvieron un esquema mon6rquico de gobierno que corrompido pas6 a las tiran6as. Pero lo que es evidente es que experimentaron mucho tiempo antes que los griegos el cambio o transici6n de un estado a otro y que forzosamente pasaron por la mudanza de diferentes formas de gobierno antes de llegar a la tiran6a o simplemente desaparecieron al ser conquistadas por otra civilizaci6n.

⁹ *Ib6d.* p. 209

¹⁰ V. S. Pokrovskii, *Historia de las Ideas Pol6ticas*, M6xico, Grijalbo, 1966, p. 41.

¹¹ Alberto Rodr6guez Varela, *Historia de las ideas pol6ticas*, Buenos Aires, editorial Az, 1989, p. 12

¹² Manuel Garc6a-Pelayo, *Las formas pol6ticas en antiguo oriente*, Caracas, Monte 6vila, 1969, p. 12

La llamada “democracia griega” no llegó sino hasta el siglo IV a.c., con la implantación del gobierno popular, esto contrario a lo que se supone y regularmente se afirma que comenzó con las reformas de Solón y Clistines¹³. Por lo tanto, en todo caso señala Parkinson “Lo que debemos a los atenienses no es la cosa en sí misma, ni siquiera su nombre, sino el primer relato detallado de cómo nació una democracia, cómo floreció y se hundió.”¹⁴

Parece quedar claro que no fueron los primeros pero eso sí, fueron los mejores sin duda y tenían la mejor forma de gobierno descubierta hasta el momento. Ahora sin titubeo, algunos ya podrían afirmar que los padres fundadores del pensamiento no tenían el mínimo escepticismo de que estaban en la cúspide del conocimiento y del desarrollo de la comunidad política humana. Nunca nadie habría de cuestionar a la democracia porque todos estaban de acuerdo con lo que era y representaba. Existía una plena y unánime opinión entre la gente, los gobernantes, filósofos, etc. respecto a que la democracia fue, es y será hasta nuestros días la mejor forma de gobierno existente. ¿O no es así?¹⁵

Parece broma pero lo anterior tampoco es tan correcto como se podría pensar. Me voy a permitir citar un lugar común en el que caemos los que crecimos con la idea clásica de que todo viene de la también llamada cultura helénica. Como se sabe, los griegos dieron a la cultura occidental varios filósofos que se entregaron a la tarea de contemplar el mundo y explicarlo hasta donde les fue posible. Temas como la lógica, la ética, las matemáticas, la física, etc., fueron tratados por hombres que veían en la naturaleza el conocimiento aun en bruto. Para los que

¹³ Por lo debatible o polémico que pueda parecer esta afirmación y para evitar su prolongada discusión prefiero referir y recomendar la lectura de Patricio Marcos, *¿Qué es la democracia?*, Publicaciones Cruz O. S.A., México, 1997; capítulos VI, VIII, IX y particularmente el X.

¹⁴ V. S. Pokrovskii, *op. cit.*, p. 209

¹⁵ De hecho, se sabe que un primer relato o debate sobre la democracia como mejor forma de gobierno se encuentra en Herodoto (véase Historia Libro III, 80-83). Sartori se refiere a este pasaje de la siguiente manera: “realmente el término no aparece en el texto, sino en sus traducciones. Pero en Herodoto encontramos una comunidad política dirigida por el demos, o por muchos, claramente opuesta a la monarquía y a la oligarquía. Igualmente Herodoto asocia el gobierno del demos a la isonomía, a una norma igual. Giovanni Sartori *Teoría de la democracia. 2 los problemas clásicos*, alianza, España segunda reimpresión 2000, p. 343

nos dedicamos a las ciencias sociales, tres personajes roban escena ante los demás: Sócrates, Platón y Aristóteles.

El lugar común nos diría que ellos hablaron de la democracia y la vieron como la maravilla de organización política que hoy pretendemos construir y alcanzar. Sin embargo, esto es falso como lo veremos en los siguientes párrafos dedicados a dos de los filósofos mencionados y que sin duda representan en buena medida el prejuicio clásico de la tradición democrática legada hasta nuestros días, me refiero a Platón y a Aristóteles, pareja inconfundible e infaltable en las monografías de la “Grecia Clásica”.

La figura y obra de Platón ha dejado marca tanto en pensadores como en toda la historia del conocimiento de la filosofía, política, ciencia, etc. Tan es así que se ha comentado en varias ocasiones que la historia del pensamiento es una constante referencia o cita al pensamiento de Platón. Tal es el comentario de Alfred North Whitehead citado por Daniel J. Boorstin de quien menciona “no ha sido el único en caracterizar la trayectoria de la filosofía europea como <<una serie de notas al pie de página a Platón>>”¹⁶. La declaración, y a la vista de nuestros tiempos, no es para nada una afirmación fuera de lugar.

La cuna de Platón es conocida gracias a que su prominente familia es considerada distinguida dentro de la vida política de Atenas. La línea de antepasados pasa por antiguos reyes, amigos del legendario Solón y según cuenta el mito la línea llega hasta mismísimo dios Poseidón. Conocido también como “el divino” (*magister divinus auctor*), al parecer por algún tipo de leyenda surgida a partir de sus escritos o textos poéticos realizados durante su juventud, gana su apodo con el que lo conocemos debido al impresionante desarrollo físico, característico de los jóvenes griegos que, vale mencionar, llevaban una educación integral de cuerpo y alma en gimnasios adecuados para tal fin. Su nombre real era Aristocles, sin embargo, su maestro de gimnasio, Ariston de Argos, le apodo de tal forma que fuera conocido por su fortaleza física y anchura de su espalda: Platón.

¹⁶ Daniel Joseph Boorstin , *Los pensadores*, Barcelona, Crítica, colección biblioteca de bolsillo no. 117, 2005, primera edición, p. 48

Algún lector despistado podría apresurarse a señalar que estas dos características, el ambiente aristocrático y la figura atlética de Platón, serían signos o razones de su desprecio por las masas como las de la democracia –tal y como lo menciona George Sabine- y de igual manera de los hombres débiles. Empero, habrá que mencionar que esta percepción está fuera de contexto. La época que le tocó vivir a Platón estuvo plagada de ejemplos de abusos cometidos por la muchedumbre y por el gobierno de los llamados Treinta Tiranos. Bastará mencionar la condena a muerte con la cicuta que hicieron contra su amigo y maestro Sócrates, y la decisión de Pericles, arengando a la muchedumbre a participar en la guerra del Peloponeso, la cual al final perderían frente a los persas. Vale igualmente mencionar que en su juventud Platón se encontraba muy allegado a la dictadura implantada por los Treinta, lo cual cuenta de la siguiente manera, “Varios de entre éstos eran, precisamente, ora parientes míos, ora conocidos, y, como es natural, me llamaron al punto a su lado; lo que, a su juicio, me convenía. Yo me llené de ilusiones, cosa natural, dada mi juventud.”¹⁷

Al igual que su maestro Sócrates, a Platón no le importó en lo absoluto la forma escrita de transmitir sus conocimientos. De hecho, y gracias a la Carta VII (entre otros textos), es conocido el desprecio o desagrado que tenía por la educación y transmisión del conocimiento de manera escrita, y muy particularmente las que a él se atribuían: “sobre todos los autores presentes y futuros que afirman saber sobre acerca de las cuestiones filosóficas que tanto me interesan, porque otros o yo se las hemos enseñado o porque las has descubierto por sí mismos, puedo decir lo siguiente. Es imposible, a mi juicio, que conozcan a fondo esta materia. Por supuesto que no hay ni habrá nunca una obra mía sobre temas filosóficos, porque no se puede exponer como se hace con otras ciencias.”¹⁸

Platón siempre defendió la idea de que un Estado ideal debe de estar dividido por clases y labores que correspondan a cada uno de los ciudadanos, según sus

¹⁷ Platón, *Diálogos. Cartas*, España, Ediciones Ibéricas y L.C.L, Colección biblioteca de bolsillo, vol. IX, 1960, p. 283

¹⁸ Daniel Joseph Boorstin, *op. cit.* p. 49

cualidades. “cada uno no tiene las mismas dotes naturales que los demás, sino que es diferente en cuanto a su disposición natural: uno es apto para realizar una tarea, otro para otra.”¹⁹ Así pues habrá quienes se dediquen al campo o al comercio, habrá otros que se dediquen a la guerra y habrá quienes sean aptos para gobernar. La clase del filósofo-gobernante será la más adecuada para las labores del Estado. En este orden no caben las improvisaciones, su modelo se asemeja más a una utopía o a una fórmula matemática de factores y resultados controlados. Como recordatorio imborrable de este ideal, está la sentencia que permaneció en lo más alto de la escuela Platónica. “Seguramente por la influencia de los pitagóricos el frontispicio de la Academia se leía <<nadie entre aquí si no es geómetra. >> El Estado, pues, de la República será matemáticamente perfecto. <<No tiene cabida en él la feliz despreocupación>> de la democracia ateniense ni los ignorantes tienen posibilidad alguna de acceder a las funciones de gobierno.”²⁰ Bien vale decir que, fiel a la utilización de mitos para la explicación de sus ideas, y en esta ocasión para la interiorización de esta idea en los miembros de la comunidad, cita el siguiente relato fenicio sobre el orden y lugar de cada clase: “Vosotros, todos cuantos habitáis en el Estado, sois hermanos. Pero el dios que los modeló puso oro en la mezcla con que se generaron cuantos de vosotros son capaces de gobernar, por lo cual son los que más valen; plata, en cambio, en la de los guardianes, y hierro y bronce en las de los labradores y demás artesanos.”²¹

Para tratar de explicar la manera en que Platón aborda el tema de las formas de gobierno, es necesario esquematizarlo para aclarar al lector el deterioro de las primeras formas de gobierno hasta las formas más corruptas, para lo cual es oportuno hacer una breve anotación sobre su concepción de la historia. Contrario a lo que veremos más adelante con Aristóteles, para Platón la historia es una constante degradación, un paso de lo malo hacia algo peor una vez dejado el Estado ideal. El devenir de las comunidades humanas es parecido al pasaje de

¹⁹ Platón, *Diálogos IV. República*, Madrid, Gredos, Colección Biblioteca Clásica Gredos 94, 2008 p. 123

²⁰ Alberto Rodríguez Varela *op. cit.*, p. 41

²¹ Platón, *op. cit.*, p.197

Hesiodo en su obra *Los trabajos y los días* y similar al pasaje fenicio citado. En el caso del esquema de las formas de gobierno no existe un salto o alternancia entre una forma y otra, o sea, no se pasa de la monarquía a la tiranía o de la aristocracia a la democracia. Sí en cambio, es un decaimiento o abatimiento de los valores ideales a favor las corrupciones o vicios de los hombres y en contra del buen Estado.

Entrando en materia, iniciemos con las formas ideales de Estado. Al hacer la descripción del Estado o constitución ideal, Platón señala que es uno solo el modelo de gobierno ideal que se puede alcanzar:

“-Digo que el modo de gobierno que hemos descrito es uno, pero que podría llamarse con dos nombres. Así, si entre los gobernantes surge uno que se destaca de los demás, lo llamaremos monarquía, mientras que, en caso de que sean varios, aristocracia.”²²

Como se aprecia, (aunque las menciona como si fuera una sola) son dos las formas de gobierno ideales que defiende Platón: la *monarquía*, gobierno de una sola persona y la *aristocracia* gobierno de unos cuantos pero entendida, en el estricto sentido etimológico, como los mejores. No está de más comentar que si en el primer lugar de las formas de gobierno está la Monarquía es porque su representante será el Filósofo-rey tan idealizado por Platón.

Una vez señaladas estas dos manera de organización política, llegamos a las formas corruptas de gobierno, las cuales son resumidas por Bobbio de la siguiente manera: “Las constituciones corruptas que Platón examina ampliamente en el libro octavo son, en orden decreciente, estas cuatro: timocracia, oligarquía, democracia y tiranía.”²³ Como había mencionado, la característica principal del modelo de formas de gobierno planteada por Platón es una constante degradación de las virtudes que deberían existir y prevalecer en cada pueblo. Así pues, la timocracia

²² Platón, *op. cit.*, p. 243

²³ Norberto Bobbio, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 22

es el primer tropiezo, por decirlo de alguna manera, hacia esa degradación que es la oligarquía, continuando con la democracia y sucesivamente hasta llegar a la tiranía, grado último de la decadencia de valores y por lo tanto la manera más corrupta, terrible y enferma de Estado.

Ahora, dejemos a un lado los comentarios de la mayoría de las formas de gobierno que analiza Platón y entremos más a fondo a las ideas o críticas que expresa este filósofo sobre la democracia. En tal sentido, me parece pertinente mencionar que dentro del conjunto de diálogos de Platón son tres las obras o diálogos que se ocupan en mayor proporción a las cuestiones políticas: *La República*, *El Político* y *Las Leyes*. Sin embargo, y como menciona Bobbio y otros autores es en *La República* donde se encuentra una descripción más específica de las formas de gobierno. Esto lo menciono no como desagravio al uso casi exclusivo de este diálogo en los siguientes comentarios, sino para tener más clara la referencia a mis observaciones siguientes.

Uno de estos puntos es la crítica que le hace a los sofistas (personajes diestros en el arte de la retórica del manejo de las ideas) y de la cual podemos dar cuenta en el diálogo titulado *Protágoras*, quien va en concordancia con su amigo Pericles que igual que éste es un ferviente defensor de la democracia. A razón de esto señala Touchard: “La democracia es el reino de los sofistas, que en lugar de ilustrar al pueblo, se contenta con estudiar su comportamiento y con erigir en valores morales sus apetitos.”²⁴ No citaremos nuevamente la afamada *Oración Fúnebre*, basta recordar la mal lograda guerra instigada, propuesta y aceptada por el pueblo ateniense, por esa “gran bestia”, como la llama Platón, a raíz de esa declamación. “El pueblo mismo, dijo Platón, es el gran sofista.”²⁵ Y es que no podía ser diferente para un filósofo que buscaba la perfección de las formas y no el relativismo (característico de los sofistas) del cual debía de ser salvada la moral y la política de los Estados. De ahí que “el principal de los abusos atacados por Platón era la ignorancia e incompetencia de los políticos, que es la maldición

²⁴ Jean Touchard, *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Tecnos, Serie de Ciencia Política, 1969, p. 39

²⁵ George Holland Sabine, *Historia de la teoría política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 43

especial de las democracias.”²⁶ La democracia es, en el caso de Platón, el hervidero de las opiniones (contrarias al verdadero conocimiento), donde igual se mezcla el filósofo con el artesano, el comerciante con el guerrero, el gobernante con el esclavo, y todos a mano alzada deciden cuál es el camino que se debe tomar. En las discusiones participa el mal gobernante, el diestro orador, sin importar cuál es la preparación y conocimiento que tiene de la situación, y por lo tanto es el terror de los propósitos del Estado ideal. Peor aún, bajo de él está el esclavo del oído y sus pasiones, el ente inerte de ideas al que hay que convencer para que grite y proclame el apoyo que se le ha solicitado. Y aunque Platón está consciente de la existencia de este ente que es el pueblo expuesto a la manipulación, plantea extirpar esta incompetencia e ignorancia con la educación superior expuesta en *La República*.

Otro aspecto que critica Platón, y quizá el más destacado, es el que desarrolla en contra del deseo inmoderado de libertad, el cual es entendido como libertinaje o como ya ha sido citado la “feliz despreocupación” vanagloriada en la oración fúnebre. En sí, la democracia que plantea Platón no goza de virtudes que puedan hacerla ocupar un primer lugar en su esquema de formas de gobierno. Sí, en cambio, la democracia es el lugar donde reina la revoltura de todas las formas de vida y de gobierno posible, permitidas por la “afabilidad licenciosa” que en ella domina. A propósito de esto Leo Strauss menciona lo siguiente: “la democracia misma se caracteriza por la libertad, que incluye el derecho a decir y hacer lo que sea de acuerdo con el propio deseo: todos pueden llevar el modo de vida que más les plazca.”²⁷ Servir al Estado en el gobierno o en la guerra o en cambio quedarse a disfrutar las mieles del ocio; trabajar en el cultivo de la tierra y el pastoreo del ganado o simplemente disfrutar del banquete opíparo y la francachela perenne. De igual forma es el accionar político de los ciudadanos en la democracia al momento de elegir a sus gobernantes. La confusión priva en este régimen, ya que a los gobernantes se les elige de la manera más democrática posible que es el sorteo,

²⁶ *Ibid.* p. 44

²⁷ Leo Strauss, *La ciudad y el hombre*, Buenos Aires, Katz, 2007, primera edición, p. 189

dado que al creerse todos iguales la suerte hace partícipe del gobierno a cualquiera. Así es el hombre democrático y su Estado. “Estas y otras afines son las cualidades de la democracia, que parece ser una organización política, agradable, anárquica y polícroma, que asigna igualdad similarmente a las cosas iguales y a las desiguales.”²⁸

El actuar de sus ciudadanos en democracia no es diferente a los ideales de la forma de gobierno en la que viven, ya que gozan extremadamente su libertad. Sin nadie que los guíe, los demócratas asemejan a los asnos y los caballos ya que “se acostumbran a andar con toda libertad y solemnidad, atropellando a quien le salga al paso, si no se hacen a un lado, y del mismo modo todo lo demás se halla plétórico de libertad.”²⁹ No citaré ejemplos usados por Platón, más que la sencillez del sueño de Adimanto que quizá vio algo parecido a las calles y avenidas actuales llenas de peatones peleando con los automóviles por el paso a mitad del arroyo vehicular, creyéndose iguales en fuerza y resistencia; o a esos mismos vehículos invadiendo el cruce peatonal de las esquinas para ganar centímetros al de atrás. Remata diciendo Platón que es de este “bello y vigoroso principio” igualitario de donde surge toda tiranía; vaya destino el de la democracia.

A propósito de estas libertades de la democracia y del comentario de bello y agradable mencionados en La República, algunos han querido ver a un Platón condescendiente a la democracia, cuando en verdad lo que se lee es una ironía mordaz avalada por su interlocutor, Adimanto. Llamar a la democracia “un manto multicolor, con todas la flores bordadas” o “bazar de constituciones” no son apelativos de un Estado ideal o por decir lo menos bueno para vivir. En todo caso, no debería de dejarnos de causar una risa preocupante y quizá nerviosa ante esta descripción a la luz de nuestro actual estado y forma de vida.

Pasemos ahora a los comentarios de dos diálogos que parecieran contradecir lo expuesto anteriormente, respecto al desdén que tiene Platón por la democracia, y

²⁸ Platón, *op. cit.* p. 402

²⁹ *Ibid.* p. 410

que parecen ser una visión más real, o por lo menos más práctica de los comentarios vertidos por nuestro filósofo. En el caso de *Las Leyes* algunos autores mencionan que Platón reivindica a la forma de gobierno democrática, tratando de introducir en sus reflexiones y apuntes, la posibilidad de que existieran dentro del Estado algunas instituciones de rasgos democráticos como lo podrían ser la Asamblea Popular, los consejos o los magistrados electivos.³⁰ En cierta forma, la obra de *Las Leyes* es una manera de acercarse ya no a la forma ideal del Estado, sino a la más óptima y con mejores posibilidades de aplicación, quizá una aproximación a lo que después hará Aristóteles con el estudio de las constituciones.

A manera de descargo, no debemos dejar de mencionar que la obra a la que nos referimos es posterior a *La República*, quizá 30 años de diferencia entre una y otra. De hecho es una obra escrita en la senectud del filósofo. También influye en la escritura de esta obra su último y fallido experimento en Siracusa donde intentó aplicar sus ideas políticas en una situación real, por la cual fue rebasado. Como lo veo, nuestro filósofo se dio cuenta, después de sus largos viajes y perentorios fracasos, que el ideal que ha pretendido consumir no tiene cabida en una sociedad imperfecta por naturaleza, apegada al error desde su nacimiento, corrupta y decadente por el paso natural de los años, y es mejor plantearse una solución no ideal y si posible de Estado, quizá mixto, consciente aún de la existencia de hombres superiores capaces de gobernar por una parte y órganos del pueblo administradores o policías de la rebotada libertad. Por ahora dejemos al *Divino* padeciendo el fracaso de su ideal y supuesta redención democrática. “Platón murió a los 81 años, sin haber encontrado una solución a esa eterna contradicción que tanto le había preocupado entre la teoría y la práctica.”³¹

³⁰ Tal es el caso de Theimer , quien menciona que “ahora se ha vuelto empírico y demócrata. El lugar de la dictadura de los filósofos lo ocupan las leyes escritas” Walter Theimer, *Historia de las ideas políticas*, Barcelona, Ariel, 1960, p. 21

³¹ Walter Theimer, *op. cit.*, p. 17

Quizá para algunos, la Academia de Platón tuvo como unos de sus principales objetivos la formación de algún tipo de asesores políticos para los gobernantes de la época y de tal manera difundir las ideas del Estado ideal planteado por dicha escuela. Aunque podríamos diferir de esta afirmación, un personaje que trascendió por ese hecho es Aristóteles, quien participaría en labores de asesoramiento con algunos de los reyes y gobernantes de la región, como es la anecdótica participación de éste en la educación del joven Alejandro de Macedonia en el año 343.

En efecto, ahora nos referimos al “famoso extranjero”, Aristóteles, nacido en Estagira (de ahí su mote de *el estagirita*), antigua ciudad de Tracia, perteneciente al reino de Macedonia, en el año de 384 a.c. Aunque sus antepasados, o mejor dicho su casta o linaje no son tan célebres y encumbrados como los de Platón, sí podemos encontrar algunos antecedentes de vínculos familiares con ciertos gobernantes, particularmente por parte de su padre, Nicomaco, que era un médico muy reconocido y el cual figuró dentro de la corte de los gobernantes macedonios, particularmente con el rey Amintas II, padre de Filipo y abuelo del mencionado Alejandro Magno.

Al parecer, Aristóteles tenía un interés natural por el entorno, el cual le hizo viajar por primera vez a Atenas a los diecisiete años e incorporarse a la Academia de Platón, en el norte de Grecia. Tal fue su participación en la escuela que se ganó la confianza de Platón quien lo llamaba “el potro que cocea a su madre”³². Posterior a la muerte de Platón en el año 347 a.c., Aristóteles se traslada en compañía de su amigo Jenócrates a la isla de Assos donde esbozó su plan de figurar su propio gimnasio. Sin embargo, su mecenas Hermias, rey de una pequeña tierra de Asia Menor es muerto por los persas, lo que lo obliga a mudarse a la isla de Mitilene, donde es requerido por Filipo de Macedonia para encargarse de la educación su hijo, el joven Alejandro. A su regreso a Atenas, y quizá más desencantado por la Academia, en 335 abrió su propia escuela a la que se conoce como “El Liceo”, debido a un bosque con ese nombre en las cercanías de Atenas. A sus alumnos

³² Daniel Joseph Boorstin, *op. cit.* p. 65

se les conoció como los peripatéticos, esto por las rondas que realizaban en las periferias de los jardines de la escuela reflexionando sobre la naturaleza, los astros, la ética, y desde luego la política.

Y es en esta etapa donde algunas de las diferencias que tiene Aristóteles con Platón se desarrollan con mayor claridad. Por lo menos en el ámbito del estudio de la política; es la manera en que ambos ven y plantean el Estado ideal y la forma en que se alternan o mudan las diferentes formas de gobierno entre si.

Respecto a la primera diferencia mencionada en el párrafo anterior señala Boorstin que “mientras Platón pintó un cuadro deslumbrante de una república ideal, las especulaciones de Aristóteles seguían fielmente las descripciones efectuadas por sus ayudantes sobre 158 sistemas políticos griegos diferentes y en activo.”³³ Y es que si en la *Republica* de Platón vimos cómo se construía y de cierta forma se dictaba el esquema del Ideal de Estado y de alguna manera se descalificaba lo que no encajaba con el modelo ideal planteado, en Aristóteles se deja de lado esa idea inmutable para darles paso a las características particulares por las que se rigieron los diferentes Estados. Dichas observaciones son partes de un esbozo de la “verdad” a grandes rasgos basadas en experiencias de la actividad política diaria y no la edificación de un modelo perfecto, inalterable y quizá ahistórico planteado por Platón. Esta diferenciación o hasta cierto punto emancipación del alumno respecto al maestro es también mencionada por Sabine quien comenta que en un primer periodo “Aristóteles concibe aún la filosofía política como construcción de un estado ideal,... ya que el tratado acerca del estado ideal sigue constituyendo una parte importante de la Política. Sin embargo, Aristóteles concibió una ciencia o arte de la política más amplia. La nueva ciencia debía ser general; esto es, debía ocuparse de las formas de gobierno reales a la vez que de las ideales, y que debían enseñar el arte de gobernar y organizar Estados, cualquiera que fuese su forma, del modo que se desease.”³⁴ La imagen más contundente y que mejor puede explicar lo dicho anteriormente, es

³³ Daniel Joseph Boorstin *op. cit.* p. 70

³⁴ George Holland Sabine, *op. cit.* p. 77

proporcionada por Rafael en su cuadro *La Escuela de Atenas* en la cual se muestran juntos a Platón y Aristóteles. “Aquél, con los ojos hacia lo alto; esté mirando hacia la tierra. La expresión ofrece una circunstancia que impresiona: mientras Aristóteles busca la experiencia, Platón los principios.”³⁵

En lo concerniente a la mudanza o transición de las diferentes formas de gobierno tendremos que recordar lo mencionado en páginas anteriores, donde comenté que la idea de historia de Platón está determinada por una constante decadencia, caída y pérdida de los valores buenos a cambio de valores corruptos; un vértigo en términos del mismo Platón. En cambio en Aristóteles la mudanza, revolución y cambio de una constitución a otra se da, por el desvío o abandono de alguno de los principios en la forma de gobierno que en ese momento impera. Dicho de otra forma, no es que el cambio sea una caída constante, más bien es sólo una mudanza la cual puede ir hacia algo peor o mejor según sea el caso.

Ahora bien, para irnos acercando a la idea de la democracia descrita por Aristóteles, y similar a lo hecho con Platón, haré uso de citas y comentarios acopiados en mayor medida en la obra *La Política* que “no es un libro, sino un conjunto de ocho libros escritos en distintos momentos de su evolución.”³⁶

Hasta nuestros días la teoría clásica de las formas de gobierno sigue prácticamente toda la estructura expuesta por Aristóteles. El modelo ha sido y será repetido al infinito sin cambios y es sin duda el referente obligatorio para quienes se inician el conocimiento de las formas de gobierno. En tal sentido, conviene aquí reproducir el párrafo completo citado por Bobbio para tener la visión general de la estructura de las formas de gobierno planteada por el estagirita:

“Ya que constitución y gobierno significan lo mismo y el órgano de gobierno es el poder soberano de la ciudad, es necesario que el poder soberano sea ejercido por una persona o unos pocos o la mayoría. Cuando el uno, pocos

³⁵ Juan Beneyto Pérez, *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, Aguilar, 1950, p. 14

³⁶ Atilio A. Boron, et al. *La filosofía política clásica: de la antigüedad al Renacimiento*, Buenos Aires, CLACSO, Eudeba, 1999, p. 111

o la mayoría ejercen el poder en vista del interés general, entonces forzosamente esas constituciones serán rectas, mientras que serán desviaciones los que atienden al interés particular de uno, de pocos o de la mayoría [...] tenemos la costumbre de llamarla monarquía al gobierno unipersonal que atiende al interés general y aristocracia al gobierno de pocos [...] cuando se propone el bien común, cuando es el mayor número el que gobierna atendiendo al interés general recibe el nombre común a todas las constituciones: *politía* [...] las degradaciones de las mencionadas formas de gobierno son: la tiranía de la monarquía, la oligarquía de la aristocracia, y la democracia de la *politía*. La tiranía, es efecto, una monarquía orientada hacia el interés del monarca, la oligarquía hacia los de los ricos y la democracia hacia el interés de los pobres. Pero ninguna de ellas atiende al provecho de la comunidad.”³⁷

Como se puede extraer del párrafo anterior son seis las formas de gobierno planteadas. A primera vista el esquema parece simple y sin complicaciones. Sin embargo, en la lectura más detallada de las formas de gobierno podemos encontrar que por cada una de las “formas puras” de gobierno existe por lo menos un ejemplo de mixtura o subdivisión respecto a su definición inicial. Esto va de la mano con la observación y estudio realizada por sus alumnos a las 158 constituciones conocidas en su mundo, todas ellas de diferente corte, por lo que se deduce que existen modelos que no necesariamente encajan con los conceptos ideales planteados por Aristóteles, y si más bien se van ajustando a una particular situación. Como apoyo a lo anterior refiero lo comentado por Bobbio respecto a las diferentes formas de monarquía identificadas por Aristóteles en su texto, tales como “la de los tiempos heroicos “que hereditaria y estaba basada en el consejo de los súbditos”; la espartana, en la que el poder supremo se identifica con el poder militar y es perpetua; el régimen de los “eximios”, es decir, de los “tiranos electivos” [...]; o la monarquía de los muchos pueblos bárbaros.”³⁸

³⁷ Norberto Bobbio, *op. cit.* p. 34

³⁸ *Ibid.* p. 39

Así pues, quizá podamos obtener una nueva diferencia entre los modelos de Aristóteles y su maestro. Recordemos un poco que Platón buscaba cercar o contener la realidad y las características particulares de cada Estado existente a sus formas ideales de gobierno, y no fue hasta el texto de *Las Leyes* cuando flexibilizó su mundo ideal ante la realidad. En cambio, como leemos en lo mencionado por Bobbio, Aristóteles da forma a una república más “empírica”, matizando sus formas de gobierno en razón de las características de las realidades encontradas en cada una de las constituciones estudiadas por él y sus discípulos, material con el que arma su propio esquema, por lo cual “no renuncia a formular una tipología al estilo platónico, pero no intenta hacer entrar a las *polis* en la camisa de fuerza de una *polis* ideal tal como es formulada en la tipología.”³⁹ De cierta forma, afirma Sabine, “la clasificación de seis formas de gobierno habría perdido ya sentido para Aristóteles en relación con el estudio empírico del funcionamiento real de los gobiernos.”

Dejaré por un momento las controversias entre alumno y maestro para reanudar el tema referente a las formas de gobierno de Aristóteles, el cual no se aleja de mostrar conexiones constantes con las enseñanzas de la Academia. Pues bien, como mencioné en párrafos anteriores, la clasificación de las formas de gobierno del estagirita asemeja las seis formas de gobierno planteadas por Platón. En la cúspide del esquema están las formas buenas la monarquía, la aristocracia y la *politía*; en ese respectivo orden le corresponde a cada una de ellas una forma corrupta o mala, la tiranía, la oligarquía y la democracia. Sin falta de razón se ha señalado que esta división de las formas de gobierno responde a dos criterios: uno cuantitativo, es decir, cuántos o quiénes son los que gobiernan (uno, pocos o muchos) y otro cualitativo, o sea, cómo gobiernan (para el bien común o para el bien propio). Por tanto, monarquía, (gobierno de uno), aristocracia (gobierno de pocos) y *politía* (gobierno de muchos) tienen como principio el bien de la totalidad de la *polis*; luego entonces, las correspondientes tres siguientes formas de

³⁹ Atilio A. Boron, et al., *op. cit.* p. 121

“desgobiernos” son la tiranía, oligarquía y democracia las cuales miran por un beneficio particular o propio.

Guarda un lugar especial la *politeia* la cual es un caso paralelo pero no igual al de la República Ideal planteada por Platón. Baste decir por el momento que ésta es la forma de gobierno más cercana al ideal aplicado a la realidad de las comunidades políticas observadas por Aristóteles.

Respecto a la democracia Aristóteles la pone por debajo de la oligarquía pero por encima de las tiranías. Su principal defecto al igual que en las demás formas de gobierno es querer implantarla de forma extrema (muy a la manera en que los contemporáneos pretenden hacerlo), llevando los principios de libertad e igualdad a situaciones dañinas, favoreciendo la pobreza sobre los demás grupos sociales y cumpliendo así su característica de mirar por su beneficio particular en contra de la totalidad. En efecto, entre el libertinaje, la supuesta igualdad total y la pobreza de sus miembros que miran únicamente por su bien, están los males de la democracia estudiada por Aristóteles.

La pobreza en la democracia es un mal del cual no se puede desprender, ya que si lo hiciera sería alguna otra forma de gobierno y es por eso que la podemos contraponer a la oligarquía que tiene como principio la riqueza. Que los pobres o los ricos en el gobierno sean en cuanto a número los más o los menos no impide que sea llamada democracia u oligarquía ya que éste es un “aspecto accidental”, con lo que queda matizada la idea de que en la democracia gobiernan los mas y mas pobres de la sociedad. La pobreza es causante se la falta de educación y tiempo para la reflexión filosófica, que son indispensables para el buen ciudadano.

Por lo que toca al desenfreno del principio de igualdad y libertad mencionaremos que este es el lugar de los descarriados donde todos participan sin miramientos de lo correcto o del lugar que les corresponde. El ejemplo más claro de lo dicho aparece al hablar de una clásica familia contemporánea: “la democracia aparece sobre todo en las familias desprovistas de jefe, hallándose todos en ellas en un pie de igualdad, y en aquellas en que la autoridad es débil y cada uno puede obrar a

su gusto.”⁴⁰ En estos casos los individuos han perdido su lugar, actúan con total agrado de la afabilidad que la vida en democracia les permite, la cual igualmente les consiente actuar a sus anchas, sin frenos y más “en el desorden que en una sabia moderación.”⁴¹

Al parecer el problema de igualdad pasa por una mala interpretación de la justicia, ya que la democracia como en la oligarquía se lleva al extremo suponiendo que “los que son iguales solamente en alguna cosa no deben tener igualdad en todas las cosas, ni los que son desiguales en un aspecto deben tener desigualdad en todo.”⁴²

De lo anterior podemos deducir otro problema de la democracia y se refiere a la manera en que los ciudadanos eligen a sus representantes. En esta forma de gobierno Aristóteles menciona que es mediante el sorteo como se puede llegar a algún cargo. ¿A qué se debe esta situación? Pues bien, dado que el principio fundamental y originario de la democracia es la desviada creencia dominante de que si son iguales en algún aspecto lo son también en todo, se suponen también iguales en la participación de todos en todo, así que dejan al azar la elección del gobernante ya que es tan válido este procedimiento fortuito como decir que todos son capaces en la misma medida tomar parte de las decisiones del Estado. Grave error el del demócrata que al dejar las decisiones a la muchedumbre, no considera como desigual al que de verdad es superior en aptitudes y virtud, y lo iguala con los todos demás, siendo estos últimos quienes deberían elegir a los gobernantes y ejercer las labores de Estado.

Otra más de las críticas que merece la democracia es el asambleísmo que predomina en la toma de decisiones que afectan a las polis: “Los partidarios de la democracia, en efecto, dicen que la justicia es todo aquello que parece bueno al número mayor” pero este punto de vista contiene, en palabras del propio

⁴⁰ Aristóteles, *Obras. Ética Nicomaquea*, Madrid, Aguilar, 1964, p. 468

⁴¹ Aristóteles, *op.cit.*, “*La política*”, p. 916

⁴² *Ibid.*, p. 749

Aristóteles, desigualdad e injusticia. Existe en dicha forma de gobierno un desprecio por la ley la cual deberían ser seguidas por todos, y en cambio todos se rigen por decretos espontáneos provenientes de la masa manipulable y en veces enardecida. El desorden en las decisiones que conciernen a la administración del Estado se ve corrompido por los manipuladores de la masa de pobres que predomina en esta forma de gobierno. Con el camino abierto, los manipulados o demagogos actúan a sus anchas sin miramientos hacia lo mejor y de alguna manera oprimen e imponen sus percepciones malamente guiadas. “En la práctica, apenas se diferencia de la tiranía. El problema de la democracia es el unir el poder popular con la administración inteligente y no es posible tenerla en una asamblea grande.”⁴³

La democracia no la tiene del todo perdida en el esquema aristotélico, ya que es parte esencial de la conformación Estado Ideal. En efecto, a diferencia de Platón que identificaba o ubicaba lo mejor sólo en la monarquía en la figura del *Rey Filósofo*, en Aristóteles, la mezcla de dos formas de gobierno -llamadas por él mismo como corruptas-, ve la mejor unión hacia la búsqueda del famoso punto medio y de ahí el mejor Estado posible en la práctica, que no en la teoría. La mezcla de corrupciones del estado oligárquico y el democrático puede generar la anulación o equilibrio de una con la otra. Viéndonos en perspectiva, en varias ocasiones hemos querido implantar en nuestra forma de vida una democracia total, en la que todos nuestros actos sean guiados por esta unívoca idea, evitando cualquier despotismo relacionado con alguna otra forma de vida o gobierno. Una forma pura de democracia tal y como la queremos implantar en la actualidad es por de mas equivocada y está desviado del punto medio planteado por Aristóteles.

Con las referencias a estos dos filósofos, me queda claro que ni Platón ni Aristóteles y mucho menos la totalidad de los griegos eran los demócratas que se presume fueron, por lo que me resta preguntar ¿Por qué hoy en día nos hemos empeñado en defender la inexacta pureza de la democracia desde una perspectiva histórica, señalando a los griegos como los arquitectos de la mejor

⁴³ George Holland Sabine, *op.cit.*, p. 91

forma de gobierno existente? No tengo la respuesta clara de las razones por la que se ha perpetuado esta idea. De hecho tuvieron que pasar varios siglos para que se hablara bien de ella. Sin pretender dejar fuera años de historia y diferentes opiniones respecto al “buen sentido” de la democracia, me parece que fue hasta el siglo XVII cuando la idea del gobierno del pueblo fue tomando fuerza en autores como John Locke y Montesquieu. Ambos, “aunque no sean partidarios del gobierno del pueblo, ni atribuyan a la democracia un papel relevante en su construcción teórica”⁴⁴, plantearon las diferentes formas de limitar los poderes del existente Estado Absolutista. Poco después, cuando los revolucionarios franceses se dieron a la tarea de resumir sus anhelos de cambio social y político, forjaron tres ideas que en su momento e incluso hoy son para algunos trasnochados, la religiosa trinidad del demócrata a ultranza: Igualdad, Libertad, Fraternidad; y aunque los ingleses y sus hijos bastardos norteamericanos ya habían terminado sus procesos revolucionarios, fueron los seguidores de Robespierre quienes nos han agraciado con la gloriosa herencia de la democracia.

A partir de entonces, se han buscado incesantemente innumerables adjetivos que fortalezcan el discurso del teórico social y del político que defiende la forma de gobierno democrática. A la democracia ya no sólo se le llama así a secas, hoy decimos que existe democracia liberal y burguesa, democracia social y económica, democracia protectora, deliberativa, procedimental, participativa, popular, y así la lista se desboca. “En la segunda mitad del siglo XX, el concepto de democracia ha conocido una amplia diversificación de formulaciones que al final de los años ochenta podía decir el politólogo Giovanni Sartori que no había todavía una teoría central de la democracia.”⁴⁵

Y si no existe una teoría única, concreta o definitiva de la democracia, ¿existen elementos o conceptos que hoy no podríamos separar de ella? A mi juicio, la teoría de esta forma de gobierno mantiene allegada ciertos conceptos sin lo cuales

⁴⁴ Luis A. García Moreno, *et. al.*, *La democracia ayer y hoy*, España, Gadir, 2008, primera edición, p. 149

⁴⁵ *Ibid.*, p. 208

parecería incomprensible, incompleta. Entre ellos podría mencionar algunos como la elección libre de los gobernantes, la libertad de expresión, el estado de derecho. Para continuar con mi discurso contra la democracia, en el siguiente capítulo tomaré de esa constelación de buenos propósitos, cuatro conceptos que a mi parecer no están lejos de ser el *sine qua non* de la oratoria que da forma a la democracia.

II. EL FULCRO DE UNA MENTIRA

IGUALDAD E INICIACIÓN

-De vuestras palabras se desprende que la igualdad os parece un tema inquietante –dijo Madame de Polignac al marqués.

-Yo diría un tema escalofriante –dijo Madame de Salé con cierto candor.

Peter Sloterdijk, *El árbol mágico*

TOLERANCIA E INDULGENCIA

“Este noble autor se imagina que, como el hombre está hecho para la sociedad, debe nacer con un tierno afecto para con el todo del que forma parte,... sus nociones son, lo confieso, generosas y refinadas, un gran cumplido a la especie humana... ¡Lástima que no sean ciertas!”

Bernardo de Mandeville, *La fábula de las abejas*

TRANSPARENCIA Y SECRETO

- ¿Y qué hace un confidente de la policía en una fiesta como ésta?

-Los confidentes de la policía –dijo Aglié- van a todas partes. Cualquier experiencia es útil para inventar informaciones. Con la policía se tiene tanto más poder cuanto más se sabe, o se demuestra saber. Y no importa que sea cierto. Lo importante, recuerde, es tener un secreto.

Umberto Eco, *El Péndulo de Foucault*

GUERRA Y PAZ

A veces pienso que todo empezó cuando la raza humana se sentó.

Morris Berman, *La fuerza que nos da sentido.*

Las teorías, investigaciones o simples estudios no concuerdan en cuales deberían ser los elementos o conceptos inalienables que habrá de tener la democracia para que sea nombrada o señalada como tal. Quizá de ahí que los encargados de acordar todos los conceptos en torno a ella no se hayan cansado de publicar nuevos esquemas, nuevas mediciones o parámetros para explicar qué es la democracia. Pero de esta férrea carrera por enmarcar la teoría del gobierno del pueblo en una sola no dejan de desconcertarme cuatro conceptos, mismos que en prácticamente toda la preparación de este ensayo he encontrado con múltiples referencias. Comenzaré con la idea de igualdad.

Como vimos con Platón y Aristóteles, buena parte de la crítica y desprecio a la democracia parte de una mal entendida igualdad entre los hombres, quienes instalados en la plena libertad, pretenden y reclaman los mismos derechos para todos, sin distinción de ningún tipo. Aquí dos perlas de ambos autores que ilustran mejor lo dicho. Primero Aristóteles: “Pero en las democracias que parecen sobre todo democracias, se establecen lo contrario de lo que conviene. La causa de esto consiste en que definen lo libre de modo incorrecto.”⁴⁶. Por su parte, más severo, Platón menciona: “porque difícilmente podría creerse que los animales domésticos son más libres en este régimen [democracia] que en ningún otro. Las perras se hacen sencillamente como sus dueñas, e igualmente los caballos y los asnos; incluso terminan por acostumbrarse a marchar libre y pomposamente, lanzándose por los caminos contra todo aquel que le sale al encuentro, si buenamente no le cede el paso...”⁴⁷ En nuestros tiempos llamados civilizados y modernos, donde la teoría de la igualdad bien podría tomar la delantera entre todo el rosario de valores democráticos, este “mal entendido” ha llegado a excesos que quizá los más antiguos maestros no se pudieron haber imaginado, aunque tendrían torres de material para ejemplificar sus dichos, además de los ojos despejados y unas mentes claras, característicos de los maestros antiguos; esto muy al contrario de la obnubilada visión y atascada mente del orden igualitario, enferma de verborrea

⁴⁶ Patricio Marcos, *¿Qué es democracia?*, México, Publicaciones Cruz O., S.A., 1997, primera edición, p. 332

⁴⁷ *Ibid.* p. 330

de los sacerdotes de la modernidad, santos y apóstoles de la religión democrática. Quizá por lo anterior, en estos confundidos tiempos que corren es un poeta de la tragedia y el drama cantado, Enrique Santos Dicépolo, quien explica mejor que cualquier texto académico, la condición igualitaria de nuestro tiempo:

Hoy resulta que es lo mismo / ser derecho que traidor, / ignorante, sabio o chorro, / generoso o estafador...

¡Todo es igual! / ¡Nada es mejor! / Lo mismo un burro / que un gran profesor. / No hay aplazaos ni escalafón, / los ignorantes nos han igualao.

Si uno vive en la impostura / y otro roba en su ambición, / da lo mismo que sea cura, / colchonero, Rey de Bastos, / caradura o polizón.

Cambalache siglo XX, XXI y así consecutivamente seguirá llorando Gardel junto al bandoneón; y reitero, esto no es nada nuevo. La glorificada revolución francesa, madre de los que se llaman hombres civilizados, tenía en primer lugar, como una de sus tres proclamas, la Igualdad de todos los hombres como principio indiscutible, tal y como lo habían hecho los norteamericanos en 1776, al redactar su declaración de independencia: todos somos creados iguales. De hecho, y a la par de ellos, como resultado de las reuniones de la Asamblea Nacional Francesa, en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, se lee en el artículo 1 lo siguiente: “Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos.”⁴⁸

La democracia contemporánea no se ha alejado demasiado de esta idea, principalmente en cuanto a la consagración de los derechos, tan es así que la han extremado más de lo que los griegos lo pudieron imaginar, al grado de que un buen tanto de los nuevos beatos demócratas, académicos e intelectuales, invadidos por los argumentos de la pléyade de ingenuos abogados, señalan que esta forma de gobierno tiene su origen o base en la igualdad que ofrece la ley, en la que todos los derechos por igual son para los ciudadanos, quedando plasmado

⁴⁸ Georg Jellinek, *La Declaración de los Derechos de Hombre y del Ciudadano*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas Serie Estudios Jurídicos no. 12, 2000, p. 25

lo anterior en la carta magna o Constitución Política -máxima expresión de orden y civilidad- sin la cual dicen ellos, viviríamos en un auténtico desorden salvaje. Por eso el demócrata no se cansa de pedir respeto al Estado de Derecho, fortalecer el Estado de Derecho, procurar que todo se haga conforme al Estado de Derecho. Lo dicho, nada ni nadie es mejor ni peor, y la ley en el orden democrático, como lo diré más adelante, es la sentencia que rebaja a los mejores.

Perdidos en el tiempo, olvidados y lejanos han quedado las habilidades técnicas y mentales que la naturaleza –o quizá los dioses- nos habían proporcionado a cada uno de nosotros. Si bien antes la culpa de que existiera, por una parte seres superiores, capaces de hazañas memorables, y por otra generales y tropa partícipes de la gran batalla, o quizá poetas y gobernantes, agricultores y herreros, amos y esclavos, en fin esta sociedad originalmente estratificada, era el sentido y espíritu de la sabia naturaleza o al designio de algún dios o ser divino que había acomodado sus diferentes piezas para su propia diversión, ahora esta desigualdad desaparece y hoy no es posible mencionarla “la memoria de las hullas es en sí misma odiosa,”⁴⁹ por lo que de inmediato, con espuma en la boca, el hombre contemporáneo espeta que todos estamos hechos de lo mismo: carne, hueso, un cerebro igual en capacidades, fuerza e intelecto que nos hacen seres indiferenciados. La existencia de que alguien sea superior es inconcebible para el hombre igualitario. Si antes, menciona Luis Alberto Ayala Blanco, era posible culpar a los dioses de la desigualdad entre los hombres, ahora nos topamos con nuestra crueldad. “Una vez que la fuerza de la tradición fenece, el hombre se encuentra abandonado a sí mismo, lo primero que siente es envidia por lo que tienen los demás. Si en verdad la desigualdad no responde a un mandato divino, entonces no existe nada que frene su ambición, y la ambición del hombre es infinita”.⁵⁰

⁴⁹ Gilles Deleuze, “Caracteres del resentimiento”, *La Gaceta*, núm. 462 México, Fondo de Cultura Económica, julio 2009, p. 27

⁵⁰ Luis Alberto Ayala Blanco Citlali Marroquin, *El silencio de los dioses*, México, Sexto Piso, 2004, primera edición, p. 139.

Como mencioné líneas arriba, la Revolución Francesa, madre de los beatos de la actual religión política, tenía como una de sus tres proclamas la Igualdad de todos los hombres como principio indiscutible. Así mismo el término de igualdad jurídica parece tener mayor referencia o principio en los ordenamientos jurídicos “que son tal vez las que dieron origen al término del tipo <<todos somos iguales ante la Ley>> y cosas por el estilo.”⁵¹ Por lo tanto, para nuestros abogados y mayoría de estudiosos sociales, la ley es nuestro máximo igualador. Pero sucede que esta forma de igualdad siempre actúa en contrasentido de lo mejor, nivelando siempre hacia abajo; dicho en otras palabras siempre es un acto de sentencia contra los mejores o los más fuertes a favor de los débiles y menos aptos. “Como la petición de igualdad siempre es un grito que viene desde abajo, ser igual nunca asciende a nadie, nunca le refuerza: siempre es rebajamiento, recorte.”⁵² En efecto, la ley siempre es un grito desesperado desde abajo, es un llamado de los más débiles por rescatarlos y poner a los superiores en un nivel inferior a fin de que éstos no abusen de ellos. Es en este sentido que la ley es sólo una mera ilusión compartida por todos en beneficio de la supuesta existencia pacífica ya que como señala Gómez Dávila “aun entre igualitarios fanáticos el más breve encuentro reestablece las desigualdades humanas.”⁵³

¿Pero existe alguna manera de incluir a los hombres en un estado de igualdad en el que sea posible la participación de ellos en bien de la sociedad, sin dejar de reconocer sus muchas o pocas cualidades y talentos individuales? Entre toda la maraña de prejuicios creados alrededor de lo que parezca o simule recrear el pasado bárbaro, salvaje y cruel, existe un elemento que en la actualidad está olvidado por no decir despreciado y atacado al ser calificado con adjetivos peyorativos tales como místico, esotérico, mágico: esto es la iniciación. Ejemplos no hay muchos pero el más contundente seguramente es el de los espartanos,

⁵¹ Fernando Savater, *Panfleto contra el todo*, Madrid, España, Alianza editorial, 1995, cuarta reimpression, p. 93

⁵² *Ibid.*, p. 91

⁵³ Nicolás Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito. Selección*, Colombia, Villegas editores, primera reimpression, 2002, p.71

sociedad a la que se les acusa de crueles guerreros, sin tomar en cuenta que su igualdad es muy superior a la moderna. A propósito de esto Roberto Calasso señala: “Los espartanos eran fundamentalmente *hómoioi* <iguales> en cuanto miembros del mismo grupo iniciático. Pero este grupo era el conjunto de la sociedad. Esparta, único lugar, tanto en Grecia como en la posterior historia europea, donde la totalidad de la ciudadanía constituye una secta iniciática.

La igualdad es una cualidad producida por la iniciación. No se da en la naturaleza, y la sociedad no sabría concebirla si no estuviera nutrida por la iniciación. Existe después un momento en que la igualdad se aposenta en la historia, y por ahí avanza hasta que los ignorantes teóricos de la democracia creen descubrirla; y la enfrentan, como su contrario, a la iniciación”⁵⁴

Y a todo esto ¿qué es la Iniciación? Pues bien, de alguna manera la iniciación es ser otra vida como lo menciona Pessoa, o una muerte y un renacimiento en términos de Clastres en el que se tiene que “hacer pasar al postulante de un estado de ignorancia a uno de conocimiento.”⁵⁵ Así que para formar parte del grupo llamado sociedad, el candidato debe dejar su estado actual, lavando su inopia existencia para nacer nuevamente con los conocimientos que le da haber pasado pruebas y retos que lo hacen apto para la sociedad. “La iniciación es metamorfosis en la fisiología: la circulación de la sangre y de la mente absorbe una nueva sustancia, el sabor de una sabiduría. Este sabor es el sabor del todo: en la variante lacedemonia, en cambio, es el sabor de la sociedad como todo. Así se pasa del antiguo al nuevo régimen.”⁵⁶ La iniciación es un nuevo estado de conciencia del lugar que ocupa el nuevo adulto en la sociedad. Con ella se entera, aprende, adquiere una responsabilidad diferente que la de simple espectador, y en el sentido amplio de la palabra se activa como integrante participativo de la sociedad.

⁵⁴ Roberto Calasso, *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, España, Compactos Anagrama, segunda edición, 1999, p. 227

⁵⁵ Pierre Clastres, *Investigaciones en antropología política*, España, Gedisa, 1981, primera edición, p. 84

⁵⁶ *Idem.*

Por el contrario en las sociedades contemporáneas todo aquel que nace bajo el amparo del Estado aparece igual ante todos los demás. En prácticamente todo país democrático, cuando sus jóvenes llegan a la edad adulta, ya sea ésta entre 16 o 21 años, o como es el caso de México a los 18, se le entrega una credencial de elector con la cual se acredita como ciudadano capaz de participar en las decisiones de su comunidad. La igualdad se adquiere *de facto*, sin tomar en cuenta las carencias que el individuo pueda tener de nacimiento o su vacío conocimiento respecto a lo que implica formar parte de la sociedad. Con lo anterior, regresamos a la ficticia y falaz igualdad legal con la que se pretende acabar con privilegios que pudieran prevalecer por condiciones de riqueza, sexo, religión o ideología. Sin embargo, la igualdad iniciática va más allá. En las sociedades indígenas estudiadas por Pierre Clastres es claro que la llegada del joven a la edad adulta es “morir para la infancia y nacer a la vida social”⁵⁷ y continúa señalando que “acceder a la edad adulta es al precio de una pérdida irremediable, la pérdida del mundo despreocupado y feliz de la infancia.”⁵⁸ Esto no implica que, al hacer pasar a todos los jóvenes por la iniciación, ésta automáticamente arroje al total de participantes como iniciados. La iniciación no es necesariamente accesible a todos ya que aun enfrentando a los jóvenes a las distintas pruebas no todos podrán superarlas o por decir lo menos no todos las superarán con la misma entereza: “Superada la última [prueba], es posible que el iniciado resulte ser <uno solo>.”⁵⁹

Qué los procesos iniciáticos varían y son duros de ver y aceptar en las sociedades modernas y contemporáneas, es cierto. Nuevamente los espartanos nos dan muestra de dicho proceder: los niños, “apenas nacidos, lo lavaban con vino, para poner a prueba su resistencia. Los de construcción defectuosa eran arrojados por <<los llamados Expositorios, una sima en las laderas del Taígeto>>.”⁶⁰ Los adultos

⁵⁷ *Ibid.* p. 83

⁵⁸ *Ibid.* p. 84.

⁵⁹ Roberto Calasso, *op. cit.*, p. 235

⁶⁰ *Ibid.* p. 236

también pasan por tal proceso iniciático a fin de que realicen labores a favor de la comunidad, por ejemplo “entre los Aranda, de Australia, un hombre que quiere ser consagrado curandero se instala ante la boca de la caverna en la que moran los espíritus. Allí primeramente le perforan la lengua. Está completamente solo y uno de los elementos de su iniciación es el terror que le inspiran los espíritus... tuvo que morir antes de poder comenzar a curar, pero su muerte sirvió para la total penetración de su cuerpo.”⁶¹ Ya escucho al hombre civilizado gritar bárbaro, retrógrada, etc.

En nuestras sociedades contemporáneas e igualitarias, hoy al discurso jurídico se le suma la cultura y la educación como supuestos elementos iniciáticos de las sociedades. En ella todos estamos en condiciones de acceder a la riqueza de este mundo. Tenemos libros, imágenes, medios de comunicación, museos, espacios de aprendizaje que en su momento “llevó a los revolucionarios franceses a decretar la instrucción pública universal para que fuera el talento personal y no el origen familiar lo que determinara las diferencias.”⁶² En respuesta habrá que señalar que “es incuestionable que todos los hombres tienen cierta capacidad para aprender, pero no quiere decir que todos lo hagan de la misma forma, ni que tengan la misma destreza.”⁶³ Suponer que todos podemos ser artistas, campesinos, músicos, obreros o hasta presidentes de la nación es una de las estupideces más arraigadas en el dogma democrático que nos repite sin cesar que todos podemos ser lo que se nos plazca. Esto nos enfrenta a una verdad intuitiva, causa de la cólera de los inferiores ¡Cómo es posible! -grita y llora en su frustración el hombre democrático- que ese tipo o aquel sean más y mejores que yo si somos iguales. Claro ejemplo del resentido que en palabras de Deleuze sufre de una impotencia para admirar, respetar, amar a cualquiera superior.

⁶¹ Elias Canetti, *Masa y poder*, Alianza-Muchnik, España, libro de bolsillo, 1999, cuarta reimpression, p. 286 y 287

⁶² Jorge Javier Romero, conductor, *Todas las versiones, cápsula La Igualdad*, México, IMER, Radio 2010
Dirección URL:
http://www.radio2010.imer.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=135&Itemid=119

⁶³ Luis Alberto Ayala Blanco y Citlali Marroquin, *El poder frente a sí mismo*, México, Sexto Piso, 2003, primera edición, p. 67

Siendo así, qué nos queda esperar del avance de las legiones democráticas con el sello de la igualdad en sus banderas. La democracia avanza en su sendero de estandarizar y tecnificar todas las formas de vida para que ninguno se le escape. Al final de cuentas, de entre todos estos argumentos anteriormente señalados, una verdadera ciencia como es la física tiene mucho que decir, principalmente con respecto a la teoría de la muerte térmica del Universo, la cual tiene como base el segundo principio de la termodinámica. Esta formulación -al contrario del campo de lo social donde predomina lo políticamente correcto y el buen hablar- “no tiene pena el mencionar que hay energías utilizables y otras que no la son; la disipación de calor da lugar a formas de energía no reutilizables. Ahora bien, para que en el Universo haya movimiento, debe haber diferencias de energía entre sus distintos componentes. Por ejemplo: cuando hay un cuerpo caliente y otro frío se transfiere energía en forma de calor entre ambos. Cuando en el Universo se llegue a un equilibrio total en todas las componentes, ocurrirá lo que se conoce como «muerte térmica del Universo». En ese instante nada estará por encima de nada, todos los componentes permanecerán al mismo nivel, nada destacará porque será monótonamente igual. No habrá transferencias de energía porque todo estará al mismo nivel energético. Será un Universo oscuro, rígido; una representación bastante perfecta de la nada, del no ser.”⁶⁴ A lo que me refiero es que en el momento en que todos nos veamos como iguales perderemos la parte creadora que surge de las contradicciones quedando anulados por el argumento del “todo es igualmente de valioso”. El bueno, el malo, y el feo quedaran sólo como vaqueros sin ningún calificativo que los distinga, tan oscuros personajes los tres como cualquier otro en busca del oro. Quede este aviso o advertencia, aunque al igual que Cioran nunca me he hecho demasiadas ilusiones respecto al fin del mundo.

Si la igualdad guarda quizá el primer lugar en las menciones de elementos indispensables para la buena democracia, la tolerancia no se queda atrás. Y es que si todos somos iguales, por más evidentes que sean nuestros desencuentros,

⁶⁴ Miguel López Corredoira, *Contra la democracia*, [en línea]. Revista de filosofía práctica Universidad de Los Andes Mérida – Venezuela, Junio de 2004 Dirección URL: <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/19042/2/articulo8.pdf> [Consulta: 15 de noviembre de 2010]

habrá que soportarlos en aras de la convivencia en sociedad. Pero alejémonos un poco de esta idea dominante para entender mejor este tema.

Cuando en la primera parte del ensayo intenté indagar el origen y uso de la palabra democracia, fue conveniente iniciar su estudio por medio de la raíz etimológica, y así fue sugerido el desconocimiento o la simple ignorancia, puede llevarnos a suponer o creer cualquier cosa, siempre que ésta idea sea “conveniente” para la sociedad que se pretende establecer. Pues bien, para esta parte del ensayo retomaré nuevamente el camino etimológico para hablar de la tolerancia. Como se ha visto, los autores contemporáneos de la democracia han hecho tratados enteros sobre la tolerancia y la describen como la cualidad del buen ciudadano para escuchar, respetar y convivir con su igual sin que, alguno de los dos se arranque en rabia contra su contrario, por la furia o mero desacuerdo por sus opiniones, el respeto al otro es lo principal. Desde tal punto de vista habría que aceptar que la tolerancia es el “Respeto a las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias”. Sin embargo, deberíamos recordar y aclarar que tolerancia desde antes de los griegos tuvo otro significado, muy distinto al que tenemos y utilizamos los modernos, veamos cual es ese origen: del latín *tolerare* <<llevar, cargar, sostener; soportar, tener la fuerza de llevar o sostener>>, del indoeuropeo *tel-os* <<cargar, peso>> del *tel* <<levantar, sostener, pesar; soportar aguantar tolerar>>⁶⁵

En efecto, la idea de tolerancia, al igual que otros conceptos utilizados por la ciencia política –particularmente la invariablemente defendida democracia- son sacados no sólo de su contexto, también ha sido desdeñada la raíz que le dio origen a dicha idea. En este caso la tolerancia no es más que la manera en que se soporta la molestia o el dolor que inflige el otro. Es el pasar por esta vida cargando con todo el fardo de obligaciones que implica vivir en sociedad, so pena de que de no hacerlo así, se quedaría fuera de la convivencia con todos los demás. El vivir en sociedad y en paz es el premio que se gana por ser bien portados, retrayendo

⁶⁵ Guido Gómez Silva, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, citado por Luis Alberto Ayala Blanco, *El poder frente a sí mismo*, México, Sexto Piso, 2003, primera edición, p. 16

nuestras pasiones e instintos naturales, tolerando porque “hecha esta concesión nos tranquilizamos y, hartos de fatiga, caemos en el sueño”⁶⁶ que es la vida democrática. Ahora bien, si se quiere entender desde una visión cristiana tolerar es como Cristo en la cruz, o como Job atormentado por su padre, ambos cargando con todas la penas posibles, aguantando todos los dolores y desgracias para que al final la ganancia sea la utopía de paraíso prometido, donde todos vivan en paz y armonía, como hermanos.

Se pueden presuponer cuáles son las razones para cometer esta arbitrariedad: ¿Interés políticos, económicos o simple comodidad? Quizá como mencioné antes sea la ignorancia alimentada por la falta interés, característica del mundo contemporáneo, donde todo lo dicho respecto a la democracia es dado por cierto y correcto siempre y cuando sea por el pretendido bien común. Empero, aunque podríamos suponer una variedad de razones, algunas de las cuales podría compartir, este no es mi tema de interés y mucho menos mi intención sacarlas a la luz.⁶⁷

Siendo así, ahora tratemos de hablar del real tema de interés en esta parte del ensayo. Para esto pongo en perspectiva los argumentos de los que piensan que criticar o hablar mal de la tolerancia desatará la barbarie: aunque esta afirmación en parte contiene su porción de verdad. Para lo anterior, sólo habrá que observar las ilustres e ilusas demostraciones democráticas que a diario (y más en tiempos electorales), se hacen en los *mass media*, en la calle, en la escuela, intentando sacar de estos espacios aquello que no sea democrático sin advertir que este tipo de discurso “bajo el disfraz de la tolerancia, impide que el juego político fluya realmente”⁶⁸.

⁶⁶ Emile M. Cioran, *Historia y utopía*, España, Tusquets, colección Marginales 102, tercera edición 1998 p. 87

⁶⁷ Al respecto está el libro de Slavoj Zizek, *En defensa de la intolerancia*, Madrid, Sequitur, primera edición, 2008

⁶⁸ Luis Alberto Ayala Blanco, *op. cit.*, p. 34

Claro ejemplo de lo dicho son las pláticas y discusiones académicas en las universidades y su posterior reflejo en la vida diaria del demócrata, la cual está *de facto* ceñida al discurso del respeto total a la palabra y opinión del otro. Las verdaderas discusiones de auténtica controversia, se han perdido y es raro verlas en esta época contemporánea, señala Chesterton, ya que en vez de considerar al interlocutor como contrario con la posibilidad de debate, lo tratamos como hombre del cristal mas delicado, hermano al que no puedes, no debes contradecir por el temor a herirlo, dañar o lastimar su argumento, por lo que se prefiere abrazar una actitud condescendiente y en ocasiones resentida a su discurso, el cual “pregona una supuesta buena voluntad que acaba siendo más resentida que buena”⁶⁹. Mejor hubiera sido mantener fuera de la discusión toda actitud condescendiente e indulgente con el otro y preservar el *polemos* planteado por Heráclito, con el cual no se paralizaría la discusión. Sin embargo, “estamos condenados a vigilar y a refrenar nuestra ferocidad, a dejarla sufrir y gemir, pues nos vemos sujetos a la necesidad de retardar nuestras venganzas o a renunciar a ellas.”⁷⁰

Ahora bien, si se prefiere dejar la belleza del silencio frente al que nos interpele y de verdad se desea entrar en polémica se debería tomar una actitud totalmente diferente a la del democrático tolerante, que como señalé, con dolor soporta y aguanta al otro, y da entrada a todo tipo de comentarios. En cambio más bien se debería oír y escuchar como lo hace el ardiente oyente de Chesterton quien en sus palabras “nunca interrumpe; escucha los argumentos del enemigo con tan buena disposición como un espía escucharía los planes del enemigo”⁷¹. No por nada la dama del Medio Día escucha e interroga al príncipe para conjurar los planes de éste contra la princesa.⁷²

⁶⁹ *Idem.*

⁷⁰ Emile M. Cioran, *op. cit.*” p. 88

⁷¹ Gilbert Keith Chesterton , *Lo que está mal en el mundo*, España, Acantilado, 2008, primera edición, p. 28 y 29

⁷² Para referencia de esta leyenda leer Elias Canetti, *op. cit.* p. 285

Ahora, dirijo mi argumento contra algo más amplio. Nada más asqueroso que la “plaza pública” asaltada por el nuevo totalitarismo democrático, absoluto elevado a pretexto, en el que el comportamiento políticamente correcto y tolerante es la única manera de encajar y formar parte de la sociedad, donde todos y todo se amasa en un NOSOTROS y “aun peor, naturalmente es quien se erige con facilidad abominable en portavoz de lo universal o de una clase con legitimidad absoluta,..... Con razón advirtió Cioran que se sospeche de todo aquel que dice sin mala conciencia <<nosotros>> pues es un imbécil o un falsario.”⁷³

Pero todo lo anterior lo hacemos “por nuestro bien” diría el buen hombre democrático, todo es por y para nosotros. Nosotros el Estado, nosotros la sociedad, nosotros el pueblo, así la mentalidad moderna. La impresión causada ante el pasmo tolerante de la democracia debiera ser suficiente para desatar la cólera de los presentes⁷⁴. Sin embargo habrá que intentar explicar cual es ese extraño fenómeno que lleva a soportar, aguantar, tolerar a estos no escasos personajes. Pues bien a mi parecer, existen fantasmas más poderosos que uno - aunque no ajenos- que hacen de la vida un soportable trance, tolerable sólo por los hombres: por una parte está la mediocridad y la impotencia; en el otro extremo nuestra necesidad de amos y gusto por la servidumbre, tema que veremos con un poco más de detalle en otra parte del ensayo.

Del primer punto no habría que decir mucho ya que sus síntomas están a la vista. “Esta mediocridad, esta impotencia, salva a la sociedad, asegura su duración y su estabilidad”⁷⁵. La búsqueda o rescate del paraíso perdido por parte de la sociedad democrática la ha conducido a la pérdida absoluta de la indiferencia. Al igual que los jóvenes soldados de Remarque, los hombres se mueven por obra de un extraño embrujo o un maléfico hechizo, el cual tiene como objetivo salir de la miseria y encender la llama de la esperanza y en su imaginación procrear la

⁷³ Fernando Savater *op. cit.* p. 134

⁷⁴ Cioran se asombraba de éste fenómeno: ¿Cómo en un espacio tan reducido, pueden coexistir tantos hombres sin destruirse, sin odiarse mortalmente? La claridad de Cioran nos permite leerlo con cierto desahogo: a decir verdad se odian pero no están a la altura de su odio.

⁷⁵ Cioran, Émile Michel, *op. cit.* p 117

fascinación por lo imposible. Este extraño “mecanismo de utopía” de la sociedad (llamado hoy democracia), ha procreado sólo impotentes, al tiempo que nos mantiene unidos y provoca el que permanezcamos tolerándonos el uno al otro. Aunque pareciera un padecimiento de carácter individual, la vida en sociedad sufre de un estado permanente de oligofrenia que nos permite justificar nuestra permanencia.⁷⁶ Estas afirmaciones sirven en parte para explicar el segundo fenómeno que hace posible la tolerancia en sociedades democráticas: la necesidad de coexistencia como justificación de la servidumbre voluntaria tal y como la planteó La Boétie.

La sociedad, al igual que la vida es un medio -nunca un fin- para la realización de nuestras ideas. Ahora bien, por lo que toca a la sociedad, ésta es el medio para la cristalización de nuestros afanes de seguridad, cumpliéndose así los ideales de las teorías contractualistas: la seguridad social a cambio de un contrato de cesión de poderes. Su representación está en la elección de nuestros gobernantes. En tal sentido desde el punto de vista del Doctor Luis Alberto Ayala, quien se apoya en las reflexiones de La Boétie, se puede suponer la necesidad de la vida en sociedad para procuramos y validar la servidumbre que creamos, deseamos y democráticamente defendemos. Por eso nos toleramos, soportamos los errores de otros con tal de liberarnos de la fatídica responsabilidad individual. Esta es la manera más cómoda de vivir, la más servil. En efecto, nuestro carácter estéril nos ha llevado a aceptar los mundos surgidos de las más diversas cabezas; la indulgencia en la máxima expresión. El mal necesario de la sociedad está mejor ilustrado por las palabras de Schopenhauer citadas por Nietzsche en su obra “El nacimiento de la tragedia”, quien se refiere a nuestro mal como un conglomerado de puerco espines en busca del calor que les pueda proporcionar el otro, siempre guardando su distancia.⁷⁷

⁷⁶ “Diríase que todos nuestros cuidados, tratando y alimentando bien estos animales sólo logran degenerarlos. Lo mismo pasa con el hombre: haciéndose social y esclavo, tornase débil, tímido y servil, y su manera de servir delicada y afeminada termina por enervar a la vez su fuerza y su valor.” Jean Jaques Rousseau, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*, España, Tecnos, 1990, p. 129

⁷⁷ Para conocer la cita completa ver Luis Alberto Ayala Blanco, *op. cit.* p. 34

Con esto podríamos decir que estamos en condiciones de cerrar la burbuja que nos hemos creado llamada sociedad. Por una parte admitimos la existencia del ideal utópico democrático mismo que nos impulsa y alienta a estar siempre en pos de lo imposible. Su expresión y broche de oro está en el deslinde de la responsabilidad individual. Diógenes puede terminar su búsqueda sin haber encontrado al indiferente. Nos ablandamos y hacemos buenos “destruyendo lo mejor de nuestra naturaleza, sometiendo el cuerpo a la disciplina de la anemia y el espíritu a la del olvido.”⁷⁸

En conclusión, bien podemos citar y señalar nuestro destino precisado por Cioran, quien tenía claro que ni la tolerancia ni la indulgencia parecen ser elementos que debemos desterrar de nuestra cabeza ya que cuando buscamos salir de uno de ellos caemos irremediabilmente en el otro; afecto de péndulo en el que los extremos son naturaleza propia de la humanidad: “Signos de vida: la crueldad, el fanatismo, la intolerancia; signos de decadencia: la amenidad, la comprensión, la indulgencia.”⁷⁹

En el conglomerado de hombres se está cada vez más cerca uno de otro. Los espacios se disuelven y el contacto es inevitable. “Cada uno debería de estar ocupado de su soledad, pero cada uno vigila la de los otros”.⁸⁰ Y aunque soportamos que nuestro “hermano igual” se entrometa en nuestra vida, aun nos puede llegar a aterrar el hecho de que nos haga daño. El miedo que le recorre provoca la febril necesidad de saber quién es ese que nos mira, el que se acerca tanto, el que está al acecho. Quizá por tal razón, la paranoia nos ha hecho concebir algún método que nos permita saber todo acerca del otro, romper las barreras, terminar con la parte oscura que nos impide observar la verdad oculta. Veamos ahora un tema del que en fechas recientes se ha hablado para cuestionar

⁷⁸ Emile Michel. Cioran, *op. cit.* p.

⁷⁹ Émile Michel Cioran, *Breviario de podredumbre, una tormenta de lucidez*, España, editorial Punto de Lectura, primera edición, 2001 p. 323

⁸⁰ Émile Michel Cioran, *op. cit.* p. 219

la vieja *Arcana imperri* y en general todo aquello que aparente ser secreto para trasponerlo contra la flamante transparencia democrática.

No me queda duda de que es en la literatura donde se pueden encontrar mejores ejemplos e imágenes de lo que la teoría puede o quiere dar a entender. Por sólo mencionar un ejemplo, si de verdad quisiéramos comprender lo que es la dictadura, bastaría con tomar los textos de Roa Bastos, Miguel Ángel Asturias o del mismo Vargas Llosa para comprender, quizá sentir de pronto, lo que es la más enferma forma de gobierno que puedan padecer los hombres: las dictaduras. En este sentido, he preferido utilizar el siguiente pasaje escrito por Mario Puzo para iniciar el tema del secreto; he aquí el fragmento de la novela *Los Borgia*, el cual corresponde al momento en que el Papa Alejandro VI envía a Francia a su hijo y futuro capitán de los ejércitos pontificios, César Borgia, para entregar al rey Luis XII la dispensa matrimonial que tiempo atrás le había solicitado al Sumo Pontífice para desposar a la reina Ana de Bretaña:

“Y así fue como, aquel día del mes de octubre, César desembarcó en Marsella acompañado por su numeroso séquito”...“El hijo del papa vestía de traje de terciopelo negro brocado con hilo de oro y diamantes y un majestuoso sombrero con un penacho de plumas blancas; incluso sus caballos llevaban herraduras de plata.”... “Al entrar en Aviñón, el aspecto de César era incluso más suntuoso. Sobre su traje de terciopelo negro, llevaba un jubón brocado con perlas y rubíes, y la silla y la brida de su caballo, un semental gris moteado, estaban tachonadas de oro.”

“Lo precedían veinte trompetas con trajes escarlatas y, detrás de él, desfilaba la Guardia Suiza, con su uniforme púrpura y dorado, seguida a su vez, por un séquito de treinta escuderos y un número todavía mayor de pajes, mozos y criados, todos ellos brillantemente ataviados. Cerrando la comitiva, avanzaban incontables músicos, malabaristas, contorsionistas, osos, monos, y setenta mulas que cargaban con el equipaje de César y con los obsequios que traía para el rey Luis y los principales miembros de su corte.”

“Antes de abandonar Roma, Duarte había advertido a César sobre la inutilidad de tal despliegue, pues con la ostentación de su poder y su riqueza no conseguiría impresionar a los franceses, sino todo lo contrario, pero César había ignorado sus consejos.”

“Cuando César finalmente llegó a Chinon, el rey Luis estaba furioso.”... “Entró en Chinon acompañado de su imponente séquito y la larga hilera de mulas cargadas con obsequios.”... “Y, aun así, ningún miembro de la corte se sintió impresionado por la ostentación de riqueza de César...”

“Los nobles franceses se reían abiertamente de la vanidad de ese extranjero, pero cegado como estaba por su recién adquirida posición, César, que carecía de la experiencia de su padre y el buen juicio de su hermana, ni siquiera se daba cuenta de lo fatuo de su comportamiento.”⁸¹ Hasta aquí la leyenda.

El poder busca siempre lucir sus mejores prendas, lo mejor de su repertorio, ya que su principal necesidad es mantenerse en secreto, es por eso que “el poder es un personaje que detesta exhibirse.”⁸² Exponerse, mostrarse desnudo e incluso transparentar su fisonomía, es causa de susto y terror. Empero, y este es el caso del inexperto e imprudente Cesar Borgia, al igual que las mujeres y hombres que bajo las plastas de maquillaje, exceso de colorete y afeitado buscan esconder su verdadero rostro, lo único que logran es hacer más evidente sus defectos. En tal sentido habrá que aprenderle más a Filippo María, el último Visconti, ejemplo clásico de impenetrabilidad. “Su ducado de Milán era una gran potencia en la Italia del siglo XV. Nadie igualaba su capacidad de disimular su intimidad más recóndita. Nunca decía abiertamente qué quería; ocultaba todo con una manera peculiar de expresarse. Cuando dejaba de estimar a alguien continuaba loándolo; si había distinguido a alguien con honores y presentes, le acusaba de brusquedad o de estupidez y le hacía sentir que no era digno de su suerte. Si deseaba tener alguien

⁸¹ Con la intención de conservar la prosa de Mario Puzo se transcribe casi en su totalidad este pasaje de la obra. La versión completa de este texto está en: Mario Puzo, *Los Borgia: la primera gran familia del crimen*, España, Planeta internacional, 2001, primera edición, pp. 229-233

⁸² Patricio E. Marcos, *El Estado*, México, Edicol/México, 1977, primer edición, p. 31

en su alrededor, le atraía por un tiempo, hacía que nutriera esperanzas y entonces lo olvidaba.”⁸³

Sin embargo, con no poca estulticia y muy particular oligofrenia, los nuevos demócratas, hombres de celofán blanco -transparente y ruidoso-, pretenden ver al poder tal cual es, solicitándole a gritos despojarse de su vestimenta. Ante su casi implacable demanda los hombres que han logrado despojarlo de su opacidad y vestirlo de celofán festejan su éxito parcial. Los nuevos hombres contemporáneos, beatos y fieles demócratas por necesidad festejan el liberar al poder de su velo. “Sólo un enfermo podría tomarlo como se toman los hechos jocosos, los chistes y las situaciones graciosas.”⁸⁴ Aun así la felicidad causada al hombre de bien de tener acceso a todo cuanto solicite al poder, es uno de los nuevos valores democráticos, que a diario busca ganar más espacios para la nueva sociedad transparente. Como expliqué anteriormente, el entrometimiento es característico de las sociedades contemporáneas, meter las narices ahí donde vemos al anormal que no participa de la convivencia febril de la comunidad, todo para hacerlo partícipe de nuestro mundo perfecto. “no debería uno contar nunca nada, ni dar datos ni aportar historias”⁸⁵ deberíamos tener estas palabras grabadas en nuestra mente para afrontar dichas intrusiones, mantener al margen lo que es necesario ocultar, de lo contrarios seríamos la ocasión de lo mismo que culpamos.

Ahora bien, si como transparencia entendemos la posibilidad de que la información pueda fluir y ser divulgada al mayor número de personas sin menos pretextos que la urgencia democrática del acceso a la información, entonces hablamos de la vulgarización del conocimiento o como lo llama René Guénon la “tendencia a la vulgarización”⁸⁶, misma que, como señala él mismo, resulta ser la

⁸³ Elias Canetti, *op. cit.*, p. 288

⁸⁴ Patricio Marcos *op. cit.* p.. 31

⁸⁵ Javier Marías, *Tu rostro mañana. 1 Fiebre y lanza*, España, Alfaguara, 2002, primera edición, p. 13

⁸⁶ René Guénon, *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, España, Paidós, colección orientalia, 1997, p. 79

más significativa a la hora de describir la mentalidad moderna⁸⁷. Aunque esta idea está desarrollada en varios de sus textos, hay que señalar que este comentario fue extraído del texto llamado *El odio por el secreto*,⁸⁸ y qué mejor frase para describir el carácter de los actuales hombres defensores del gobierno del pueblo.

La tendencia de acomodar y poner a disposición de todos cualquier tipo de saber sin discriminar o sin miramientos, es sin duda bajar, y en cierto sentido rebajar el conocimiento de tal manera que se logre igualar o nivelar, pero desde abajo, a todos los hombres. Sin entrar en la polémica de la existencia de mentes o inteligencia superiores e inferiores⁸⁹ esta solicitud de conocer es señalada por el mismo Guénon cuando menciona que la necesaria “uniformización” implica necesariamente el odio por toda superioridad.

¿A quienes podríamos llamar superiores y dignos de alcanzar el conocimiento o como se le llamó en su momento el secreto? Sólo a aquellos que habiendo pasado por un proceso iniciático han alcanzado el grado mayor de la igualdad. Sólo a ellos el secreto se les mostrará. Historias, mitos y leyendas pueden sugerir la veracidad de tal afirmación. Sin embargo las necesidades de demostración en las ciencias modernas desprecian al mito.⁹⁰

¿Cuál es el fin y con qué intención se hace de tal manera? Mantener el secreto a los iniciados, a los verdaderos sabios. Preservar para la aristocracia, en el sentido etimológico de la palabra, aquello que es en verdad valioso. Sin embargo,

⁸⁷ *Idem.*

⁸⁸ *Idem.*

⁸⁹ Aquí me adelanto al susto provocado por lo dicho respecto a inferiores y superiores, con la intención de no ser mal entendido ni ser juzgado de mal intencionado. Al referirme a mentes inferiores y superiores no se entienda un sesgo racial, religioso, nacionalista, étnico, político, social, económico, sexista, generacional, etc. Si en cambio a la crítica a la igualdad democrática la cual abandona la naturaleza humana de la desigualdad intrínseca de cada uno de nosotros, al tiempo que desdeña la necesidad iniciática para la adopción del verdadero conocimiento.

⁹⁰ Baste como ejemplo recordar que aquellos que se iniciaban con la lectura del *Diccionario Jázaro* morían cuando terminaban con su aprendizaje. Pero no nos asustemos ya nadie muere, ni puede morir por éste tipo de textos. Para mayor referencia Milorad Pavić, *Diccionario Jázaro*, España, Anagrama, tercera edición, 2000, 2 volúmenes.

desdeñando por completo dicha situación, es transparencia la que piden a gritos las sociedades democráticas, arguyendo en su favor un cada día más creciente valor y consideración a los ciudadanos en el imaginario social. “Oscuridad deseada de la filosofía griega, contra lo que se opondrá la claridad democrática y decadente”⁹¹

Regresemos a nuestro punto de discusión: la sociedad y el ciudadano más inteligente. Cuando Cioran mencionaba que “ya se trate del individuo o de la humanidad en su conjunto, no se debe confundir avanzar y progresar, a menos de admitir que ir hacia la muerte sea un progreso,”⁹² seguramente se refería, con cierta clarividencia característica de los antiguos sabios, a la enorme confusión causada por la reiterada intención de exaltar nuestros valores en los corrientes tiempos modernos. Se menciona que las democracias liberales se han transformado actualmente en buena medida por la incorporación de nuevas tecnologías para la comunicación. Así, según se ha dicho, la ciudadanía se ha transformado en un ente más exigente y consciente de sus problemas. Sin embargo el ruido (des) informativo es el constante de los medios de comunicación. En este sentido una serie de reflexiones que sobre los silencios hace José López Latorre menciona lo siguiente: “Esperaban un ruido salvador que no llegaba; comprendieron entonces que lo contrario al silencio no era el ruido sino la mentira y el sonido sólo un distractor para tolerar”. Más adelante menciona y acusa “... ¡yo quiero decir...! Iban a revelar su verdad, pero fue innecesario, todos la sabían.”⁹³ En efecto, por una parte está la avalancha verbal y escrita, la cual poco se acerca a la verdad. Pero esto aun no es exacto. Si suponemos la posibilidad de la expresión real de las cosas, ésta no será más que una construcción imaginaria y divertida, pero nunca constituida como un instrumento de verdadero conocimiento.

⁹¹ Giorgio Colli, *El libro de nuestra crisis*, España, Paidós : Universidad Autónoma de Barcelona, Instituto de Ciencias de la Educación, 1991, p. 131

⁹² Émile Michel Cioran, *Adiós a la Filosofía*, España, Altaya, Grandes obras del pensamiento contemporáneo, no. 17, 1998, p.134

⁹³ José López Latorre, *Silencios*, México, Sexto piso, primera edición, 2002, p. 117

La ingenua ilusión de Vattimo referente a la posibilidad de que los *mass media* fuesen los mensajeros de la diversidad y posteriores interlocutores entre la pluralidad y del individuo ensimismado, se opaca ante las cada vez más constantes y groseras expresiones que diariamente se muestran ante los ojos del televidente y del consumidor, llamado también el circo de la realidad. Con el advenimiento de la democracia transparente, las posibilidades de elección se han ampliado, pero en el más grosero de los sentidos y sin embargo nos movemos entre esta maraña aceptándola como apertura y pluralidad de expresiones. Berman lo tiene claro al afirmar que “para una población stupidizada, perdida, la <<democracia>> no será más que el derecho a comprar o a elegir entre Wendy’s y Burger King, o a ver CNN y pensar que este infotainment dirigido constituye en verdad las noticias.”⁹⁴ Váyase pues sin éxito otra oportunidad de emancipación mediática. Con razón se dice que “buena parte del prestigio de que gozan las dictaduras se debe a que se les concede la fuerza concentrada del secreto, que en las democracias se reparte y diluye entre muchos. Con sarcasmo se destaca que en éstas todo se va en palabrerío, que cada cual parlorea, que cada cual se inmiscuye en todo, que no pasa nada, puesto que todo se conoce de antemano. Parece que uno se quejara de la carencia de decisión, en verdad la decepción proviene de la carencia de secreto”⁹⁵

Que remedios nos restan. No mucho que hacer en verdad. Si de información y conocimiento se trata la solución monástica podría funcionar. Otra vez, Berman es quien nos propone crear una opción en la que los principales principios sean guardados por un grupo de personas, lejanas a la publicidad y transparencia de las sociedades contemporáneas. Esta alternativa ante la degradación de nuestra sociedad tiene su propia historia que se remitiría a la época en que los monjes medievales guardaron la información para ser trabajada por mentes más acercadas al entendimiento y no a la falsificación de la información. Sin embargo, Berman no se refiere a crear las grandes enciclopedias metidas en CD-ROM y

⁹⁴ Morris Berman, *El crepúsculo de la cultura americana*, México, Sexto Piso, primera edición, 2002, p.163

⁹⁵ Elias Canetti, *op. cit.*, p. 291

mucho menos la masificación del océano de la Internet. “Esta vez nos estamos ahogando en información; entonces, lo que se requiere es que sea personificada, preservada a través de modos de vida.”⁹⁶

¿Quiénes estarían encargados de esta preservación?, ¿Acaso será el retorno del indiferente Diógenes viviendo en el viejo tonel? No seamos ilusos otra vez, ya que la solución dista de ser así. Este grupo o clase serían la anomalía del mundo contemporáneo, ya que “no están interesadas en el mundo del éxito en los negocios y el consumismo de masas.”⁹⁷ Por lo tanto su “labor de preservación y transmisión consiste en crear <<zonas de inteligencia>>, en una forma privada, local y| después deliberadamente mantenerlas fuera de la mirada pública.”⁹⁸ Estos agentes llamados los NIM, acrónimo de Nuevo Individuo Monástico, inspirados en la “Clase X” del libro *Class*, de Paul Fussell. En pocas palabras los NIM serían aquellos personajes que al ser invitados a un evento público, se negarían por tener algo más importante que hacer.

Por otro lado, al individuo poco o nada le han dejado de oportunidad las nuevas sociedades transparentes y confesionarias, ansiosas de captar lo mas secreto de su ser. Incluso, por medio de la psicología han buscado quitarnos el inconsciente, último intersticio del secreto. Baudrillard nos lo explica de la siguiente manera: “el inconsciente, la aventura del inconsciente, puede parecer como el último intento de gran envergadura por rehacer el secreto en una sociedad sin secreto. El inconsciente sería nuestro secreto, nuestro secreto en una sociedad de confesión y transparencia. Pero en realidad no lo es, pues ese secreto es sólo psicológico y no tiene existencia propia, ya que el inconsciente nace al mismo tiempo que el psicoanálisis, es decir, que los procedimientos para reabsorberlo y las técnicas de

⁹⁶ *Ibid.* p. 181

⁹⁷ *Ibid.* p. 184

⁹⁸ *Ibid.* p. 181

denegación del secreto en sus formas mas profundas.”⁹⁹ Dicho con la mayor claridad devastadora Cioran indicaría: “la psicología es la tumba del héroe.”¹⁰⁰

Finalmente, el único remedio pareciera ser la indiferencia transferida en la imagen de la locura. Quizá realizar el simulacro del “loco impuro” de Schreber. Sin embargo estas extrañas posesiones, casos clínicos para la psicología, no son comunes y accesibles a los todos los mortales, ya que está claro que – parafraseando la vieja consigna griega- sólo a quienes los dioses destruyen, primero los enloquecen, pero no seamos ingenuos, los modernos no estamos cerca de tal pretensión destructiva, siempre para los dioses hay algo mejor que hacer.

Aun con la flojera o desinterés que provocan los hombres en los dioses, estos están en todas las acciones de la vida. Por mucho que nos empeñemos en negarlo, ellos se hacen presentes a veces sólo como espectadores, emitiendo atronadoras carcajadas, otras más como jugadores observando el miedo en los ojos de sus enemigos mientras tiran los dados. En el sentimiento de infatuación por otra persona, en el secreto o en los ritos de iniciación, incluso en aquellos lugares en los que nuestra unilateralmente contemporánea nos impide ver los politeísmos, ahí los dioses están presentes. Yendo más lejos, pocos relacionarían Guerra con Amor, sin embargo, “combate y belleza se encuentran entrelazados. Justo al comienzo de la fantasía occidental, dos milenios antes de nuestra era, en Creta, Ares y Afrodita eran moldeados juntos en Cnosos, en Gortyna y en Dreros.”¹⁰¹ Nuestra tara frente a los sistemas unívocos como lo son la democracia, nos impide ver ésta fascinante unión. “Quizás, nuestro aparato mental no pueda pensar de otra manera, quizás estemos educados para creer que la comprensión resulta de las definiciones de cada elemento claro y distinto.”¹⁰² Así lo ven algunos

⁹⁹ Jean Baudrillard, *De la seducción*, España, Altaya, primera edición, 1999, p. 78

¹⁰⁰ Émile Michel Cioran, *op. cit.* p. 229

¹⁰¹ James Hillman, *Un terrible amor por la guerra*, México, Sexto piso, Primera edición, 2010, p. 125

¹⁰² *Ibid.*, p. 129

de los contemporáneos teóricos de la sociedad, acostumbrados a tener en sus textos elementos claros, precisos, bien definidos y delimitados. Veamos un ejemplo que me permite iniciar el tema de la guerra en relación a la democracia.

Hace ya algunos años, para ser mas específico en 1989, salió a la luz en Estados Unidos el libro de *El fin de la historia* del académico de la Universidad de Chicago Francis Fukuyama. El mero título del libro habría de alborotar varias de las sensibles mentes de los investigadores sociales, ávidos del nuevo grito de la moda norteamericana respecto a la temática sobre la sociedad y la política. Al espectador distraído seguramente le habrá parecido el título del libro un poco menos que el eslogan de una película apocalíptica de tipo profecía maya. Lo más extraño, o quizá no tanto, es que las hayan tomado en serio.

Dejemos a un lado las voces que en principio tomaron literal el título de este trabajo y que no pararon en sustos al escuchar esa sentencia del final de todo aquello que existe. Aunque, después de todo, a quién no espanta el hecho de presenciar el fin de aquello que no conoce y en consecuencia posteriormente preguntarnos, con mayor incertidumbre, qué es aquello que está por venir o como diría el clásico ¿Ahora qué?

Sin embargo, el tema no es menor, por lo menos para la gran cantidad de estudiosos de las ciencias sociales que leían el principal argumento del libro más o menos de la siguiente manera: la lucha entre el bien y el mal, por la supremacía y dominio en el terreno político y económico alrededor del mundo, que en su momento representaron el comunismo encarnado en la extinta URSS y el capitalismo, cristalizado en la imperialista Unites States of America –poco importa a cual bando corresponde cada uno- ha terminado con el triunfo de los segundos, quedando disipado dicho antagonismo en buena medida por la caída del muro de Berlín en 1991, dejando el paso libre al dominio del liberalismo económico y sobre todo el establecimiento de la Democracia Global, forma de gobierno ideal que obligatoriamente tendrían que seguir no sólo todos los Estados o Gobiernos contemporáneos alrededor del mundo, sino también debería de ser el modelo y guía de vida perfecta para todos los seres de este planeta.

No me tomaré en serio la obtusa idea de fin de la historia de Fukuyama, aunque la parte final del resumen cumple con acierto la “profecía” y como en su momento se aseguraron de proferir prácticamente todos académicos y políticos, una vez muerto el comunismo, el capitalismo, aunque no tanto como la democracia, son el único camino que tenemos frente a nosotros. Como final feliz de alguna historieta, el maravilloso dúo dinámico terminó con sus más significativos enemigos, quedando por combatir algunos malhechores retrógrados. Muy significativo es el hecho de que el diccionario los ubicara como sinónimo de la democracia y el liberalismo.

Ahora bien, pensar en una mirada al pasado y pretender abrir siquiera una mínima brecha, rasguñar el terso y claro camino de la democracia, es causa de condena pública, por no decir el suicidio. Pues bien, con esta nueva diosa a quien veneramos, llamada democracia, elevada en el altar de los mejores propósitos futuros, la defendemos inclinados frente al indiscutible catálogo de valores y principios. ¿Suenan esto exagerado? Más bien lo que parece, pese a lo que digan sus defensores es que se ha instaurado un nuevo totalitarismo, con cariz de religión. “Es un error rendirle culto a un solo dios”¹⁰³ diría Edgar Wind. Empero, quien en estos tiempos se atreva a decir que está en contra de la democracia está firmando su propia sentencia de muerte, o cuando menos es excluido o expulsado del paraíso de los hombres de bien donde todos conviven bajo un mismo orden y convencidos de los derechos y principios que deben defender y procurar en su vida diaria, y para ellos la política es eso: andar todos bajo la misma tutela del orden democrático. En este mundo feliz cada vez más sistematizado, apremiante de la técnica del camino diseñado con antelación, en el que cada quien ocupa su lugar en el circo de la realidad, nada debe estar fuera de su lugar. Sin embargo, advierte Caraco que “el orden no es amigo de los hombres, se limita a regentarlos, rara vez a civilizarlos, y aún más rara vez a humanizarlos. No siendo infalible el orden, es a la guerra a quien corresponde un día reparar sus faltas, y porque el orden continua multiplicándose más y más, vamos hacia la guerra, la guerra y el

¹⁰³ *Ibid.*, p. 129

futuro parecen inseparables.”¹⁰⁴ Esta afirmación abre el paso para cuestionar otro punto importante de la vida contemporánea: la paz como ideal democrático y su contraparte la guerra como elemento inalienable al hombre y la política.

Chantal Mouffe menciona, en su libro *El retorno de lo político*, que la esencia de la política está en la existencia de los contrarios y su eterno conflicto. Siendo condescendiente con esta autora contemporánea, mencionaré que no deja de poner una piedra en el zapato de la teoría democrática, aunque su reflexión sea parte de una competencia característica de los escritores norteamericanos de izquierda “por influencia y visibilidad, por ser el crítico cultural importante.”¹⁰⁵

Vayamos más lejos y alejado de todas estas pretensiones ideológicas, encontramos a Giorgio Colli, quien con mayor contundencia señala que aquello que le da existencia a la política, la vitalidad que la hace ser motor de vida, se encuentra en la guerra, elemento indispensable para poder entender el paso del hombre por estas tierras y el proceso de des/construcción de este mundo. Por esto, Jünger señala que en ella “se percibe ahí la revelación de una potencia prodigiosa, que constituye el principio fundamental del mundo, que siempre ha existido y que existirá siempre, aun cuando desde hace tiempo no existan hombres y, por consiguiente, tampoco guerras.”¹⁰⁶

La guerra es un choque entre potencias, la búsqueda de afirmarse frente al otro. No es necesario retroceder mucho, o es que sólo basta recordar que ella ha estado presente en los procesos de la formación de nuestras sociedades. Así lo ha comprobado Pierre Clastres, quien con sus observaciones antropológicas ha mencionado que “el discurso acerca de la guerra no sólo forma parte del discurso acerca de la sociedad, sino que le otorga sentido: la idea de la guerra es un

¹⁰⁴ Albert Caraco, *Breviario del Caos*, México, Sexto Piso, primera edición, 2004, p. 1

¹⁰⁵ Morris Berman, “Haz Chic”, *Revista SP Revista de Libros*, México, SP Distribuciones, diciembre-enero, 2009-2010, p. 59

¹⁰⁶ Ernst Jünger, “Tres fragmentos de la guerra, nuestra madre”, *La gaceta*, número 435, Fondo de Cultura Económica, marzo 2007 p.17

parámetro de la idea de sociedad,”¹⁰⁷. Por su parte, Colli al referirse a los casos de las citadas Primera y Segunda Guerra Mundial, ve en la lucha armada, entre entidades políticas (ciudades, estados, naciones) y en su renacimiento o recuperación después de ellas, donde la vitalidad de la política es evidente.

Colli afirma la existencia de una doble vitalidad de nuestro siglo en la política y en la cultura. Ahora bien ¿en que está basada esa vitalidad? Pues bien, la guerra como elemento emergente de destrucción y, posteriormente, la capacidad de recuperación son la clave para entender la vitalidad de la política. Al igual que la utopía necesita de las miserias de la humanidad para fundamentar sus ilusas proyecciones de sociedades perfectas, el renacimiento político y cultural de las sociedades necesita de la destrucción dejada a su paso por la guerra para buscar los pretextos de sus creaciones proyectadas y construidas sobre las ruinas. Con razón menciona Jünger que “aquellos que han visto en la última guerra sólo un desafío lanzado a la civilización, aquellos que únicamente han sentido y conservado la amargura de su propio sufrimiento, en lugar de reconocer en ella el signo de una alta afirmación, éstos han vivido como esclavos.”¹⁰⁸

Pero ahora hemos caído en la pereza o tal vez, en palabras de Cioran, no estamos en camino de nuestra destrucción y nos invade la mediocridad y la impotencia. Desde este punto no habría que decir mucho ya que sus síntomas están a la vista. “Esta mediocridad, esta impotencia, salva a la sociedad, asegura su duración y su estabilidad.”¹⁰⁹ En cambio la guerra, invención humana por excelencia, se mantiene como “un instrumento mejor que las armas para servir al instinto político.”¹¹⁰ Sin embargo, la paz está firmada y sellada. El tratado de Versalles conserva aun lacrada la paz por diez hombres, diez firmas que están encerradas o enclaustradas por un lazo rojo que ahora sabemos simboliza el

¹⁰⁷ Pierre Clastres, *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*, México, Fondo de Cultura Económica, colección popular no. 646, segunda edición, 2009, p. 16

¹⁰⁸ Ernst Jünger, op. cit. p.17

¹⁰⁹ Émile Michel Cioran, *Historia y ...*, 117

¹¹⁰ Giorgio Colli, op. cit. p. 32

ensimismamiento de las potencias; la imagen es contundente. Mejor hubiera sido, afirma Colli, que los firmantes se abstuvieran de tal pretensión pacifista ya que la amenaza hacia lo que deseaban conservar, contra la que habían peleado, haciendo arder sus pasiones aun seguía presente. “Deberían haber mantenido un plano de guerra, con una llamada al peligro que era real, sin dejar de tener en cuenta el respeto hacia sus opiniones públicas: hubiese existido la posibilidad de hacerlo.”¹¹¹

Ganada la guerra se nos ofrece con la democracia el paraíso de la placentera paz, guardados, por voluntad propia, en la frenética y conveniente pereza ofrecida por el bienestar material y económico. Para que nadie tenga que mirar a los ojos a su contrincante, los problemas y confrontación de ideas se resuelven en la contienda electora. Las pasiones que encendían las praderas se han apagado. Adormilada por gusto propio, las sociedades dejan para siempre su animalidad, para cambiar su instinto por la serena calma, la armonía y la tranquilidad que les da depositar su voluntad en una caja. No hay por tanto ni la exaltación por la guerra, ni la creación postrera. Este es el rasgo característico de nuestro cada vez más débil instinto político, y el futuro no es nada promisorio: “Cuando una nación cae en el letargo, esa desorganización, ese mismo letargo hace que no se tengan fuerzas para salir de él, esa misma desorganización la imposibilita para organizar una salida, una nueva vida.”¹¹²

Más adelante Colli parece querer dar una “llama de esperanza” o quizá una luz entre sombras que claree el negro presente. Como está el mundo actualmente, amodorrado en su pereza e indolencia, propone un sacudimiento para que la animalidad de verdad aparezca, veamos. Las sociedades contemporáneas están cobijadas por una enorme maraña, desorden del variado material de las experiencias humanas, donde confluyen el pasado y el presente, de cerca y de lejos, hecho que sirve de confusión para las ideas y limar los impulsos. Cobarde

¹¹¹ *Ídem.*

¹¹² Fernando Pessoa, *Contra la democracia. Una Antología de escritos políticos*, México, UAM, Colección de Cultura Universitaria, Serie/ensayo no. 34, primera edición, 1985, p. 37

de enfrentar al mundo, la existencia humana prefiere no enfrentar el laberinto de la razón y ahora en vez de desafiar al minotauro en su territorio, sabiendo casi invariablemente que encontrará la muerte, prefiere perderse en el espectáculo, esconder la cabeza bajo la tierra. Empero, menciona, “si eliminamos todo esto, el presente tiene la posibilidad de una gran claridad, ya que todo está disponible, aún con vida, si bien en fase de letargo, esperando a ser despertado.”¹¹³

Confusión transformada en claridad, el orden del caos. Habrá que recordar la frase introductoria que Fernando Savater hace en *Adiós a la filosofía y otros textos* de E. M. Cioran: “<<Despierta el alma dormida...>>, pero no es tarea fácil hacerla despertar. Acurrucada entre acolchonados cobertores de dogmas, de consignas, de explicaciones, drogada de noticias y de ese otro beleño, la esperanza, amodorrada de ciencia, convicta y confesa, pobrecita mía...”¹¹⁴ Aun así las barbaries y carnicerías, soñadas y esperadas por Cioran podrían estar próximas, aun en la obnubilada mente humana, dispersa en el espectáculo del mundo contemporáneo, aun así sentencia Colli “la conflagración está cercana.”¹¹⁵

Con estos cuatro temas expuestos, dejaré los ejemplos de una parte de lo que conforma la base del discurso democrático. Estos y quizá un tanto más de similares conceptos serían suficientes para que la democracia perdure y se afirme día a día sin la objeción de nadie ni nada. Empero, existe una fuerza que por sí sola es capaz de aniquilar cualquier ánimo de libertad, éste quizá sea el tema más incómodo de tratar en la ciencia política; la voluntad, el gusto y placer del hombre por ser el amo o esclavo de otro. Y es que podrían faltar muchos de los conceptos mencionados, podrían ser explicados y expuestos de otra manera, pero sobre todos ellos siempre persistirá constante la voluntaria prosternación, hoy avalada por la idea suprema de la democracia.

¹¹³ *Ibid.* p. 34

¹¹⁴ Émile Michel Cioran, *Adiós a ...*, p. I

¹¹⁵ Giorgio Colli, *op. cit.* p. 34

III. LA GRACIOSA PROSTERNACIÓN DEMOCRÁTICA

Y ella, un día, a su vez, remontaría en un rayo de luz para habitar el palacio de su señor, e hilar de nuevo el lino de sus túnicas, y encender de nuevo la cazoleta de sus perfumes; sería en el Cielo como había sido en la Tierra, y feliz en su servidumbre.

José María Eça de Queiroz, cuentos completos

Quizá sea la costumbre, o quizá sea un extraño gusto o un raro placer; aunque también podríamos suponer que el miedo o la impotencia. Acaso sea la eterna promesa de que algo mejor llegará, por lo cual actuamos siguiendo esta ilusión. Por otro lado, quizá sea la comodidad de vida que llevamos y la cual contrasta con la posible inseguridad de nuestra existencia ante la falta de algo o alguien supuestamente más poderoso y fuerte que nosotros, y por lo tanto vele por “nuestro bien”, y por esa razón lo llamamos necesidad. Como sea, el servilismo político es un tema que no a pocos incomoda, será porque con el paso del tiempo los ideólogos del progreso se han empeñado en despojar a esta idea de ese halo de vileza implicado en servir a alguien sin mayores miramientos ni reflexión y lo prefieren llamar participación, elección personal, compromiso, futuro, etc. “Es importante insistir en esto, porque se trata de una dimensión por lo general poco tomada en cuenta por los hombres políticos y los *politistas*” y sin embargo está enraizada en cada hombre.

Esta parte del ensayo no es un sencillo recordatorio del tema insuperablemente expuesto por quien es considerado, en palabras de Pierrer Clastres, el Rimbaud del pensamiento, estoy hablando de Étienne de La Boétie y su *Discurso de la Servidumbre Voluntaria*. Muchos podrán suponer un equívoco al hacer referencia a este tema y a este autor cuando hablo contra la democracia. Sin duda algunos replicarán que el texto de La Boétie hace referencia a los males definitorios de los regímenes tiránicos, dictatoriales, totalitarios, o a lo menos a las corruptas monarquías, las cuales nada viene al caso con la democracia, la cual es el contrario de todo lo reprochable a los regímenes donde “el uno” se hace del poder

total en contra de sus semejantes. Los apóstoles de la democracia dirían que la servidumbre es cosa del pasado, ya que la participación, si bien es voluntaria, la ejercen no en un ánimo de plegar sus deseos ante otro, más bien lo hacen con la convicción de ayudar a su semejante, cooperación o solidaridad, argüirían también. Así pues, para los candorosos lectores, el objetivo del *Discurso* es el aniquilamiento, la muerte de cualquier forma de dominación contra los hombres, y probablemente por este malentendido, hay quienes hayan puesto a la obra de La Boétie en la sección de los libros anarquistas por excelencia.

Pues bien, me parece que como en las monarquías o en las dictaduras, la democracia conserva la maravilla de la servidumbre voluntaria en tanto, con métodos ahora más refinados y participativos, el poder se entrega a unos cuantos para que todos participen de la servidumbre. Aquí cabe hacer una precisión: en las otras formas de gobierno las partes dominantes se asumían como tales, o sea, el monarca o los aristócratas se afirmaba como “uno” o “unos pocos” entre el resto del pueblo, o como en la denigrante dictadura donde un solo hombre se agenciaba todo el poder para sí, en la democracia supuestamente se ha transferido ese poder a todos por igual y el grupo de gobernantes ya no actúan sólo por voluntad propia, ahora bien por la gracia de nuestro voto, la colectividad actúa a una sola voz. Dirían ahora ya no son los primeros en mandar, son los primeros en servir a su pueblo. Pero la realidad los desmiente. Los resultados están a la vista, y sin embargo, la servidumbre se perpetúa con el afán de mantener la paz o el orden establecido. Más contundente es Clastres al mencionar que no se trata de una “resignación a la sumisión, sino más claramente aún, en el amor a la servidumbre.”¹¹⁶ No importa la forma de gobierno prevaleciente, porque muy en el fondo la maravilla de la servidumbre radica en cada uno de los hombres, y por lo tanto no está en la maldad de quien los manda, ni en la costumbre que adquirimos con el paso de los tiempos, la cual podría ser también diluida por la misma circunstancia.

¹¹⁶ Pierre Clastres, *Investigaciones en...*, op. cit. p. 121

Ese amor, ese deseo, la necesidad de servir es la condición humana por excelencia, explicación del fenómeno de lo político actual, y no nos engañemos, también de la democracia sin lugar a dudas. Sin embargo, esta forma de gobierno enmascara dicha condición humana, pero en este discurso soterrado no existen más que miles de hombres dispuestos a entregarse, a dejarse poseer sin más, a complacer y atestar a muerte su alma de servilismo voluntario.

¿Por qué obedecemos? ¿Cómo se da esta desventura? Una de las justificaciones más comunes, que igualmente es signo de impotencia, es la presumible superioridad de la fuerza física que tiene el otro para imponerse al resto de los hombres. Por precaución y temor de que se les pudiese causar algún daño, herida o cualquier tipo de dolor a su frágil cuerpo e incluso la muerte, los hombres prefieren no intervenir en conflicto alguno. Al ver tomada su libertad por la fuerza, observan al usurpador -al que siempre le adjudicaran la imagen de ser superdotado, invencible e imposible de enfrentar- como la encarnación de sus máximos terrores. Ya acostumbrados a tolerar el despojo de la guía de su destino, sólo se acercan al tirano con la retracción del cobarde y al llegar a él le observan con resignación, doblan el espinazo frente a su figura y sin más dan la media vuelta levantando los hombros con renunciación y voluntad domada. Nuevamente he preferido que un buen escritor explique lo antes dicho, respetando por completo su breve cuento *El Piloto* de Franz Kafka:

“-¿No soy yo el piloto?-grité

-¿Tú?- pregunto un hombre corpulento y oscuro. A continuación se frotó los ojos con la mano como si quisiera deshacerse de un mal sueño.

Yo permanecía de pie ante el timón en la noche oscura, con la lámpara sobre mi cabeza que apenas despedía un débil resplandor, cuando llegó ese hombre y me quiso apartar. Y como me resistí, me puso el pie en el pecho y fue empujándome lentamente, mientras yo me aferraba al eje del timón, hasta que lo rompí al caer del todo. Entonces el hombre lo cogió, lo arregló, pero a mi me empujó

violentamente a un lado. Pero me recuperé pronto, corrí hacia la escotilla que conducía al camarote de la tripulación y grité:

-¡Tripulación! ¡Comaradas! ¡Acudid rápido! ¡Un extraño me ha expulsado del timón!

Comenzaron a venir lentamente, subieron por las escaleras, poderosas figuras cansadas y vacilantes.

-¿Soy yo el piloto?- pregunté.

Ellos asintieron, pero sólo tenían ojos para el extraño, le rodeaban formando un semicírculo y cuando él les dijo con voz de mando: <<no me molestéis>>, se reunieron, me hicieron un gesto y bajaron por la escalera.

-¡Pero qué pueblo es éste! ¿Son capaces de pensar o simplemente se arrastran sin sentido sobre la faz de la tierra?"¹¹⁷

Parece ser "natural" que el más fuerte lleve la dirección de la nave. Con cierta razón diría David Hume que "el origen y perpetuación de los gobiernos radica en la fuerza y en el miedo que ella puede provocar en el corazón de los hombres: la conquista y la usurpación son sus figuras reales."¹¹⁸ El barco toma rumbo, aunque éste no le importe a la tripulación, la cual prefiere retirarse a su rincón para no ser flagelada por su nuevo timonel y permanecer a salvo. "En la base de esta pasividad está el hecho de que se cede a otros el cuidado de asegurar la tranquilidad del conjunto. Esta delegación habrá de tomar desde luego formas muy diferentes, de la democracia activa a la tiranía totalitaria, pasando por la abnegación tácita que es la abnegación."¹¹⁹

¹¹⁷ Franz Kafka, *Cuentos completos. El piloto*, España, Valdemar, serie clásicos no.4, quinta edición, p. 319

¹¹⁸ Étienne de La Boétie, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, México, Sexto piso, primera edición, p. 10

¹¹⁹ Michael Maffesoli, *La política y su doble*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1992, primera edición, p. 8

Ahora, en efecto, la seguridad que les brinda su nuevo Señor, aunque perversa y ajena, parece incuestionable, y es ese mismo tipo de seguridad que tanto añoramos y pedimos a nuestros actuales Estados. Empero, “ni siquiera esta desgracia, sufrir la injusticia, es propia de un hombre sino de algún esclavo”¹²⁰, y es que para este hombre, esclavo por voluntad propia, es mejor vivir agachado, subyugado, esperando mejores tiempos para salir de su escondite, todo eso es mejor que enfrentarse o poner la cara contra su tirano, y todo por las migajas de seguridad de una vida en sociedad y por la graciosa concesión de la vida, ¡Vaya bicoca! “Es sabido que algunas bestias mueren tan pronto como son apresadas. Al igual que el pez pierde la vida cuando se le saca del agua, muchos animales se dejan morir para no sobrevivir a su libertad natural perdida”¹²¹ pero en estos tiempos modernos la vida humana es un fenómeno sobrevalorado.

Nuevamente La Boétie nos pregunta “así pues ¿qué es ese monstruoso vicio que no merece si quiera el nombre de cobardía, que carece de toda expresión hablada o escrita, del que reniega la naturaleza y que la lengua se niega a nombrar?”¹²² La seguridad parece ser otra más de las justificaciones de ese horrible vicio llamado servilismo. No obstante, comparto la opinión de Luis Alberto Ayala, cuando menciona que lo que vemos disfrazado de miedo transfigurado en seguridad se debería de llamar complicidad. “Que alguien o algunos detenten el poder en detrimento de otros no quiere decir que éstos sean víctimas de la opresión de aquellos. En todo caso quiere decir que la relación de fuerzas se cristalizó en una determinada forma, pero siempre con el concurso de los oprimidos.”¹²³ Ahora bien, cualquiera se puede preguntar por qué medio se ejerce esta complicidad. Tomemos por un momento a la democracia como ejemplo y de ella echemos mano de su más significativo adjetivo: la igualdad. Carlo Michelstaedter lo describe

¹²⁰ Adolph Friedrich Erdman Von Menzel, *Calicles. Contribución a la historia de la teoría del derecho del más fuerte*, México, UNAM, serie estudios filosóficos, cuaderno 15, 1964, p. 107 483b

¹²¹ Étienne de La Boétie, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, Barcelona, Tusquets, colección Acracia vol. 31, 1980, primera edición, p. 65 y 66

¹²² Étienne de La Boétie, op. cit. p. 55

¹²³ Luis Alberto Ayala Blanco, *El silencio de los dioses*, México, Sexto piso, primera edición, 2004, p. 145

más o menos de la siguiente manera: de la naturaleza los hombres toman como objeto aquello que les brinde la seguridad necesaria para mantenerse con vida, explotan, diríamos en otros términos, las materias primas que este mundo les brinda por medio de su trabajo. Pero en algún momento los hombres se encuentran cara a cara tratando de afirmar su potencia de trabajo para mantener la seguridad y su futuro. Las diferencias salen a relucir de inmediato y “al poco tiempo los semejantes ya no son semejantes” uno es el vencedor y el otro “tiene el futuro truncado”. ¿Qué pasa en ese momento? Ambos, conscientes de su situación, -uno es esclavo y el otro el patrón -en contubernio o conveniencia- deciden que el vencido le servirá al vencedor a cambio de la vida y la seguridad. “Así entre sus cadenas, duras pero seguras, el esclavo consigue, por la violación de la naturaleza a favor del patrón, la seguridad entre los hombres, y violando a su igual, el patrón halla seguridad frente a la naturaleza”¹²⁴ y éste mismo mecanismo se reproduce como liga vituperable en las sociedades contemporáneas, espacio en el que nos encojemos para conglomerarnos como supuestos semejantes, al tiempo que forramos nuestra impotencia con buenas intenciones. “La sociedad me recoge, me enseña a mover las manos según reglas establecidas y por ese pobre trabajo de mi pobre maquinaria, me adula diciendo que soy una persona, que tengo derechos adquiridos por el solo hecho de haber nacido, me ofrece todo aquello que necesito y no sólo el puro sostén, sino todos los refinados productos del trabajo ajeno; me da la seguridad frente a los demás.”¹²⁵

De nuevo encontramos una pieza contundente de esta liviandad, por decir lo menos, característica del hombre cuando de defender lo propio se trata. Por tanto renunciamos a la libertad que por naturaleza deberíamos gozar y sin embargo nos urgimos y apuramos en soltarla, “antes que Fromm hablase del <<miedo a la libertad>>, La Boétie ya supuso que lo que nos separa de la libertad es una deficiencia de nuestro ánimo más que una necesidad de vida social: aunque quizá

¹²⁴ Carlo Michelstaedter, “La seguridad”, *La Gaceta*, núm., 466, México, Fondo de Cultura Económica, octubre 2009, p. 16,

¹²⁵ *Ibid.* p. 17

esa deficiencia de ánimo sea lo que nos inclina a lo gregario y por lo tanto permite la vida social”¹²⁶

Con lo anterior, doy un giro a la tuerca y veamos otra más de las peroratas que el buen demócrata espeta para hacer pasar sus acciones serviles como acto de buena voluntad: la llamada participación ciudadana.

Al entender de los demócratas, eso que llamamos participación es la toma de conciencia del pueblo, por medio de la cual forma parte de las cuestiones de gobierno; su espacio es la ciudadanía donde las decisiones son parte del actuar de todo hombre de bien, pero no sólo eso, también es el lugar donde se escucha su palabra cuando de guiar o ayudar a sus representantes se trata. “Antes de que se adopte una política por asociación, todos los miembros deben tener oportunidades iguales y efectivas para hacer que sus puntos de vista sobre cómo haya de ser la política sean conocidos por los otros miembros.”¹²⁷

Como buen discurso democrático esto suena excelente. Pero lo anterior no es más que un embuste de lo que en verdad el hombre normal envidia. Y es que, en palabras de Ortega y Gasset, en estas épocas de hiperdemocrática cuando la otrora masa invisible ha saltado del graderío para aposentarse en el escenario, el poder de los fuertes, de los que sí pueden, se ve desplazado por una conjura o alianza de los débiles. “Ya no hay protagonistas: sólo hay coro”¹²⁸, y no importa que su representación sea vulgar y apócrifa, se afanan a ese lugar con el fin de tener poder, mandar y tiranizar al otro. Los hombres débiles en franca conspiración se arrojan contra los mejores para usurpar su lugar y participar de ese poder que de ninguna otra manera podrían participar. En el fondo amamos al tirano porque nos gustaría ser como él. “Quien no haya conocido la tentación de ser el primero en la ciudad, no comprenderá el juego de la política, de la voluntad

¹²⁶ Fernando Savater, *op. cit.* p. 49

¹²⁷ Robert A. Dahl, *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Madrid, Taurus, primera edición, 1999 p. 47

¹²⁸ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, colección Austral, no. 1, cuarta edición, p. 39

de someter a los otros para convertirlos en objetos, ni adivinará cuáles son los elementos que conforman el arte del desprecio.”¹²⁹

Visto de esta manera, tomar parte de este desprecio es un orgullo democrático, sin embargo, pocas ideas son tan animadas en esta nueva religión como lo es la participación ciudadana, la cual siempre se acompaña de la representación política. En efecto, “en las sociedades democráticas, pues, la participación ciudadana es la pareja indispensable de la representación política,”¹³⁰ y es esta representación política una más de las máscaras que se ajusta a la democracia y quizá la que esté más de moda entre los buenos ciudadanos.

La servidumbre voluntaria no es sólo aquella que se ansia por la necesidad de seguridad, o la que por miedo hace retraerse o evaporarse el anhelo de libentar, también se encarna en la necesidad de adquirir o elegir un amo, un Señor, un guía, o un gobernante a cualquier costo. Bien es sabido que la fama de las democracias se asienta, en buena medida, en procesos de elección de los gobernantes a través de las elecciones, donde los ciudadanos expresan su libre preferencia por el personaje o personajes que mejor parezca. La llamada también democracia procedimental es la más moderna y sofisticada forma de desembarazarse de cualquier responsabilidad que tengamos con nosotros mismos. Si ejercer la libertad era un problema, las elecciones les pueden dar la salida perfecta, ya que no provoca culpa alguna que uno y otros tantos miles o millones hagan lo mismo, al fin y al cabo es un procedimiento civilizado, regido por reglas claras para definir nuestras diferencias.

Como ya es costumbre, aunque podríamos insistir que para el esclavo es un placer, nos presentamos de vez en vez a la cita con la democracia en cada periodo electoral, que es para el buen ciudadano, el momento de comprobar su existencia y poder frente a los demás. La victoria más sagrada, mas celebrada que

¹²⁹ Emile. M. Cioran, *Historia y ...*, p. 63

¹³⁰ Mauricio Merino Huerta, *La participación ciudadana*, México, Instituto Federal Electoral, Cuadernos de divulgación de la cultura democrática no. 4, 2003, quinta edición, p. 29

ha obtenido la democracia –no es casualidad que le lleguen a llamar fiesta- es la que da la posibilidad de elegir a sus Amos y Señores -perdón gobernantes- por medio del voto libre y universal; sufragar es el término elegante para esa acción, pero que en realidad es una estrategia perversa pero aceptada y coordinada por los mismos ciudadanos para diluirse entre sus semejantes y soterrar su empeño de servilismo y total renunciación a la libertad. A propósito de lo anterior, Fernando Savater nos menciona que “al depositar su papeleta en la urna es la renuncia a la fuerza propia, la delegación de algo que de todos modos les iba a ser arrebatado. El vasallo que hincaba la rodilla ante su Señor y ponía en sus manos vida y hacienda, experimentaba al menos físicamente su condición, mientras que la paciente cola de votantes que espera su turno para renunciar voluntariamente a lo que ya no tienen lleva su miseria hasta el punto de creer que ejercen alguna forma de señorío. No han renunciado a su veneración por el Señor, no, ni siquiera a ser ellos señores aunque, claro está, de un modo que no les comprometa demasiado: sienten como un triunfo que su dueño tenga que contar periódicamente con ellos para identificarse como tal dueño o incluso que ellos en ínfima medida dependa tener un dueño u otro...”¹³¹

Cada periodo, henchidos de gloria, pasamos lista voluntariamente sabiendo que son los mismos hombres con sus actos la ocasión de este falso placer. “Son, pues, los propios pueblos los que se dejan, o, mejor dicho, se hacen encadenar, (...) Es el pueblo el que se somete y se degüella a sí mismo; el que teniendo la posibilidad de elegir entre ser siervo y libre, rechaza la libertad y elige el yugo; el que consiente su mal, o, peor aún, lo persigue.”¹³² La ecuación se repite y se seguirá repitiendo, periodo tras periodo, uno tras otro y al final el resultado es el mismo.

Démosle otra vuelta al asunto y ahora hablemos de ese misterioso último mal de la caja de Pandora, llamada esperanza, y si de esperanza se trata que mejor que la utopía. En efecto, si buscamos otro pretexto para mantenernos en servidumbre,

¹³¹ Fernando Savater, *op. cit.* p. 90

¹³² Atiene de La Boétie, *op. cit.* p. 57

quizá haya que reflexionar un poco acerca de una de las promesas más añejas - aunque mayormente identificada con los renacentistas Tomas Moro, Bacon o Campanella- y de la cual se han valido los hombres para soportar su paso intrascendente en este mundo, atado a una esperanza benefactora: la utopía.

Justamente, si quisiéramos convencer a cualquier persona de que se mantenga unida a nosotros, siempre habrá que citar o proyectar nuestro alegato hacia la promesa constante y presente de un futuro promisorio, muy superior al actual. Igual pasa cuando se trata de preservar aglutinadas a las sociedades en pos del mejor estado de vida. La idea de un mundo mejor, en el que todos los hombres vivan a plenitud, sin dolor, sin enfermedades, sin hambres, todos iguales como hermanos en entera libertad, y todo ese rosario de provechosos ideales son parte del discurso utópico. Sus teóricos se han gastado los ojos en vislumbrar el rescate del paraíso perdido o nacimiento de la edad de oro de la humanidad en ese no lugar.

Ahora bien, si estamos de verdad atentos al discurso democrático éste no parece diferenciarse en nada al ideal planteado por la utopía. Ambas rechazan las formas de gobierno o de organización que resultan, a sus ojos, más arcaicas que aquellas en que vive actualmente y obviamente inferior a las que propone alcanzar. Por lo que toca a la democracia, sus siempre animosos sacerdotes de esta forma de gobierno han sobrepuesto a cualquier realidad evidente, su idea de bienestar futuro una vez que democraticemos todos los espacios posibles de la vida personal sea ésta pública o privada. Tal y como es la utopía, la democracia es “hostil a la anomalía, a lo deforme, a lo irregular, tiende al afianzamiento de lo homogéneo, de lo típico, de la repetición y la ortodoxia.”¹³³ Por eso en ambos casos, el resultado es ese desfile de fantoches y muertos vivientes que actúan – vaya sin sentido- sin voluntad propia, mientras espetan el discurso democrático, tan bien enseñado desde la niñez. “Sin embargo, saber esto no ayuda en nada para atenuar el asco que sentimos hacia esas hordas de seres pequeños y

¹³³ E. M. Cioran, *Historia y ...*, p. 124

pusilánimes que se la pasan pregonando sus impotencias en forma de derechos sociales.”¹³⁴

Pero no hay que tomarnos las cosas tan en serio. Lo anterior no tendría que molestarnos si lo asumiéramos como broma o parte de una ilusión. Y es que la labor del buen político es “crear imágenes, situaciones donde la gente pueda descansar de la desgarradora realidad.”¹³⁵ A su manera, los hombres se han hecho de una concha o cápsula oscura desde la que se les permite proyectar sus más descabellados y absurdos deseos. En este mundo de sociedad ideal se imaginan perfilados como héroes y deliran convertirse en los seres superiores que en realidad nunca podrán ser; consuelan sus apetitos de gloria con un sueño profundo, plagado de historias fantásticas, proyecciones donde siempre son lo que en realidad jamás llegarán a alcanzar. Pero de cierta forma, este simulacro es necesario siempre y cuando se tenga presente que es tal, ya que sin este paliativo padecerían la esclerosis de la falta de movilidad o la fastidiosa paz que en otro momento mencione. “Al igual que una nación tienen necesidad de una idea insensata para que la guíe y le proponga fines inconmensurables (...) de la misma manera una sociedad no evoluciona y no se afirma a menos que se le sugieran o inculquen ideales desproporcionados en relación a lo que es.”¹³⁶

Pero sucede que en algún momento peligrosamente dicha ilusión, deja de ser considerada como tal y de ser un buen viaje de pronto pasamos a creer que este mundo de irrealidades y de ilusiones imposibles es parte de nuestro destino diario. Entonces en vez de disfrutar nuestro sueño, éste se nos transfigura en una obsesión en la cual ponemos todos nuestros ánimos: “Idólatras por instinto, convertimos en incondicionados los objetos de nuestros sueños y de nuestros intereses. La historia no es más que un desfile de falsos Absolutos, una sucesión

¹³⁴ Luis Alberto Ayala Blanco, *El poder frente ...*, p. 39-40

¹³⁵ *Ibid.* p. 21

¹³⁶ E. M. Cioran, *Historia y ...*, p. 132

de templos elevados a pretextos, un envilecimiento del espíritu ante lo improbable”¹³⁷

Precisamente, ese improbable es lo que ignora el demócrata; eso es lo que cree fervientemente, por lo que trabaja cada día con el afán de cambiar su mundo, toda esa constelación de buenos sentimientos no puede llegar a ser cierto. El hombre democrático vive engañado. No se da cuenta -o quizá no quiere darse cuenta- que la teorización de su mejor mundo se basa y nace precisamente de ese promontorio de bajezas y desechos, de la miseria que son los hombres en acción. Sin embargo, su destino y su ser será el mismo por más que intente cambiarlo “de nada sirve servir a la mentira, por generosa que ésta sea. El anarquismo, el socialismo, el democratismo –todo ese enredijo de teorías simpáticas que olvidan que teorizan para una humanidad de carne y hueso- fueron divinizaciones de la mentira. Y fueron eso que Carlyle llama la peor especie de mentira: la mentira que se cree verdad.”¹³⁸

Ahora, con esta representación de utopía democrática condicionamos y subordinamos intencionalmente la voluntad individual. Con ella miles y millones de hombres se ven aplacados con el fin de alcanzar el mundo que se les ha prometido. Incluso el Diccionario de la Real Academia Española da ciertas señales de que este ideal ha tomado fuerza. Para próximas ediciones prepara un cambio que pareciera nos acerca más a la posibilidad de cumplir nuestras fantasías. El concepto de utopía, que para la 22^a edición se definía como plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación, para la 23^a, el avance de este artículo enmendado señala que utopía es un plan, proyecto, doctrina o sistema deseable que parece de muy difícil realización. Con razón decía Caraco que “las formas se abren y los contenidos se escapan, los pesos y las medidas son falseadas, el juicio de los hombres mejor informados se extravía y la mala calidad triunfa impunemente con los impostores,

¹³⁷ E. M. Cioran, *Breviario de ...*, p. 29

¹³⁸ Fernando Pessoa, *op. cit.* p. 55

quienes la acreditan.”¹³⁹ Del imposible al muy difícil. Pareciera que estamos muy cerca, que se considera complicado pero sólo eso, para nada irrealizable y además hoy resulta que es deseable. Por el momento nos queda tener siempre claro que precisamente utopía en su raíz griega significa sin lugar o hacia ninguna parte.

Podría seguir buscando pretextos para la servidumbre voluntaria pero creo ha quedado claro a que me refiero. Con todo lo dicho en estas líneas, cobra mayor vitalidad en mi mente la imagen de viejo perro celestial al cual también recuerda Cioran y de quien me valgo para cerrar esta última parte del ensayo: “Menipo, en su libro titulado *La virtud de Diógenes*, cuenta que fue hecho prisionero y vendido y que le preguntaron qué sabía hacer. Respondió, “Mandar”, y gritó al heraldo: “Pregunta quién quiere comprar un amo.”¹⁴⁰ Con la mayor convicción de que no existe mejor ejemplo para describir la condición humana que la del esclavo, supongo que ahí afuera no hará falta quienes levanten la mano sin chistar reparo ofreciéndose voluntariamente a un amo. Así el mundo actual, moderno y contemporáneo.

¹³⁹ Albert Caraco, *op. cit.* p. 53

¹⁴⁰ Cioran, *Breviario de ...*, p. 141

EPÍLOGO

Aunque mi filosofía tampoco descubra nada, al menos tiene suficiente corazón para considerar inexistentes los pensamientos establecidos.

Georg Christoph Lichtenberg, *Aforismos*

¿Cuál es la responsabilidad del compositor ante su obra? ¿Y del autor de ideas, propuestas y hasta del hacedor de teorías sociales? ¿Qué le corresponde hacer a este pregonero con su tema al que durante todos los párrafos anteriores ha intentado dejar al elemento de su contrariedad tumbado en la lona?

Aunque he terminado de exponer esta serie de argumentos o por lo menos ideas al vuelo en contra de la democracia, me queda claro que en poco o nada habrá cambiado la percepción de la mayoría respecto al mundo en el cual nos encontramos. Pero a mi favor tendré que decir que ese nunca ha sido la razón o mi ánimo al abordar esta situación actual. No soy tan ingenuo para pensar que sería diferente. Soy espectador, quizá secretario, de este mundo plagado de polo a polo de seres que lo único que buscan, a como dé lugar, la salvación de la especie, y peor todavía la pretenden conservar postrados y maniatados a un discurso equivocado, falsario, lleno de pasiones desaforadas, unas veces desmedido dada su inseparable condición de fragilidad, y otras tantas colérico, presas del mayor resentimiento que la democracia puede provocar. Estos seres erigen ergástulas propias y colectivas, víctimas y victimarios del conjunto de improbables soluciones, esas que alucinamos y oímos durante la interminable verborrea de la teoría democrática que hilvana en su rosario de embustes, frágiles cuentas las cuales quiebran al mejor estrujo de la realidad, un estilo de vida fuera del alcance de los hombres llamados de bien.

Ante el clásico cierre o conclusión que se espera de todo estudio social, donde se ofrece al lector un camino, salida o solución al tema en cuestión, o donde el autor se jacta de haber encontrado algún enfoque diferente al mismo problema que

otros ya habían abordado, esos autores que han planteado en sus conclusiones animosos espíritus de progreso con miras a cambiar la situación actual, contrario a esto, espero que no cause insatisfacción el epílogo de este ensayo, ya que no encuentro razones para vanagloriarme de alguna conclusión que se pudiera sacar de estas palabras. Y es que, de hecho, ese es precisamente el objetivo de un ensayo, dejar toda puerta abierta a la discusión, ofrecer al lector la oportunidad de asimilar sus propios ánimos y experiencias apoyado en las palabras de varios autores.

¿Alguna propuesta o proyecto? Tampoco voy a tomar ese camino. Y es que acaso, al tratar de crear nuevas teorías de vida, esquemas de soluciones posibles, diseños de ciudades ideales, etc., acaso al tomar este camino no nos convertimos en ese frustrado demiurgo que habla a través de nosotros y trata de dar soluciones a los problemas de la sociedad o de cualquier otro tipo de angustia social. Esa parte creadora nuestra habla a veces sin recato, y profiere todo tipo de soluciones y alternativas sin saber que trabaja sobre el fango, y que la miseria es su material de construcción. En mi caso, y con lo expuesto anteriormente, sería como ignorar lo escrito y comprometerme con el error, con la falla inevitable de rescatar a la sociedad.

Contrario a lo que podría pensarse, la reflexión final a la que he llegado con este ensayo no es (valga la cacofonía) reformar esta forma de gobierno para el bien de la sociedad. Al igual que otras formas de gobierno, esta tiene sus vicios y de ninguna manera es perfecta como se nos ha hecho creer, ni es el paraíso perdido, ni el destino final por el que todos debemos luchar y trabajar día a día. La democracia y la sociedad sobre la que se ejerce su (des)poder, tiene características particulares, de las cuales se debe estar consciente para trabajar sobre ese terreno.

Vivimos en un mundo lleno de falsificaciones, eso no es novedad, pero lo más terrible es que nos las hemos creído ciertas. Ya no vemos nuestro mundo como el circo de la realidad que es, y en cambio nos acartonamos en un discurso que embriaga al hombre con responsabilidades inaplicables y absurdas de cumplir

dadas sus posibilidades. La democracia, al proferir una sarta de mentiras y falsear ideas, frustra a sus gobernantes y sus gobernados, creando en ellos un inusitado resentimiento, clásico de esta forma de gobierno. Cuando los dioses existían podíamos achacarles a ellos nuestros males o nuestros bienes. Como sucedía con la magia de la infatuación, era común culpar a Cupido o algún otro dios de las penas que nos da el amar o desamar a alguien. En cambio, en las responsables sociedades contemporáneas, la culpa recae en los propios hombres y mujeres dueños de su destino y sentimientos. Ahora, en vez de atribuir esta sublimación de todo sentimiento o clara locura, al designio de un ser superior o fuerza sobrehumana, los hombres y mujeres se culpan y flagelan a ellos mismos por las penas de amor ganadas o malogradas. Con la democracia sucede algo parecido.

Hoy presumimos ser hombres civilizados, modernos y realizados, con la verdadera religión de la democracia en nuestras manos, nos hacemos responsables de nuestro destino y nos inventamos el mundo que mejor le acomoda a nuestra supuesta condición de libertad. Si aun tuviéramos a los dioses andando sobre la tierra, estos cargarían la loza de las desgracias que nos acaecen, por ejemplo, la de colocar o quitar a algún Rey. En que un solo hombre vuelto loco, asesino o borracho se encargara de gobernar, podía ser culpa o castigo de algún dios malvado. Pero ahora nosotros lo ponemos en ese lugar, y la culpa recae totalmente sobre nosotros y como nos responsabilizamos por ello, le pedimos cuentas, tratamos de controlarlo con ocurrentes ideas democráticas y, así dicen ellos, no podrá salirse de nuestro control ciudadano. Pero la realidad les da la cara y los derrota, los aplasta con todo y su deleznable conjura. Aun así, la contemporánea civilización democrática ignora al que piensa dicha derrota como sempiterno destino y condición del hombre sobre la tierra, por lo que se impone la carga de ser la única referencia válida, así que reinventa cada vez de manera más absurda sus mismas alternativas de vida para sobrellevar su existencia sin siquiera tratar de dejar la democracia a un lado.

Abrumados, presas del ansia por inventarse algo que los ayude a sostener su miseria. Así se habrán sentido los teóricos de la democracia al proponerse

encontrar solución a sus fantasías del futuro y que dieron origen a frases tan burdas como “los problemas de la democracia se resuelven con más democracia” o la de “ser intolerantes con los intolerantes”, y cosas por el estilo que son un empeño fatuo por sostener el absurdo.

Aplastados, hundidos por la realidad se convirtieron no en locos, esos son de respetarse, mucho menos en estúpidos, eso ya lo eran, más bien se convirtieron en hipócritas, falsarios, creyentes de un sistema desproporcionado, sin verdadero fulcro. Si por lo menos hubiesen aceptado su derrota de antemano, no estarían gritando ¡si se puede! para después caer en cuenta que sólo los engañaron o se dejaron engañar. Hundidos, postrados en la misma fosa de impudicias, en ese atolladero en el cual todos en algún momento nos revolcamos, los demócratas se aplican sin cansancio a igualar nuestra miseria. Hermano a hermano, igual a igual todos y todo se coloca dentro de la misma esfera para mostrar que no existe otra alternativa que ser parte de este furor por la nueva religión, el regreso del Mesías es un hecho, pero nos ha llegado transfigurado en un abstracto concepto al que todo le queda y todo le va si su propósito es el sano y correcto bien de la sociedad.

Hipócritamente, aquellos quienes se han ido al fondo de este foso, diariamente saborean la mandrágora del hombre de bien, y con ese alucín de quien todo lo puede, el del hombre que en sus más profundos sueños levanta en el aire futuras ciudades idílicas, con esa sarta de principios insostenibles en los cuales se debe de creer cual dogma de fe, convivimos a diario, lo escuchamos sin parar de proferir la cansada idea de que sólo tenemos un camino a seguir, por el cual la historia está dada y se construye sobre el único principio autorizado por la llamada inteligencia contemporánea.

Democracia. Este fastidioso y macarrónico discurso, ha dejado fuera el juego de los opuestos, se le ha cerrado la puerta al que difiere de ella para afirmarse como única verdad perfecta y absoluto medio para la solución de antagonismos. Ahora, lo que antes se podía considerar parte esencial del hombre, esto es, la espontaneidad, la sorpresa e inesperada reacción, lo inadvertido, la sinrazón, eso

que bien podría ser el motor de la historia también se ha relegado a tiempos pasados en donde los contrarios rivalizaban sin dejar de tomar en cuenta la pertinaz presencia de cada uno de ellos. Ahora el broche de oro al desarrollo civilizado está en el canonizado Estado de Derecho, con el cual hoy se recluye al anormal y a quien se atreve a cuestionarla. Bajo el imprescindible leguleyo parloteo del abogado se levanta la prisión manifiesta de un nuevo orden quimérico.

Es por eso que para mí este trabajo no es ni con mucho un grito o lamento, una pena arrastrada hasta el final del ensayo. Quizá en varios momentos apuntaría es una mera bocanada de aire fresco. Pero más adecuado sería decir en mi caso, éste ha sido un muy divertido placer, un recuento hilarante de aquello he visto y en cierta forma he vivido. No he escapado del gusto de leer o platicar con excéntricos demócratas, quienes con mágicos pases y maromas sobre ideas preconcebidas, arman un bello y ocasionalmente tierno espectáculo. Por lo tanto es a ellos a quien, sin duda, debo horas de risa sincera. Es cierto, los he acusado de crédulos, falsarios, de proferir un discurso macarrónico, de ser esclavos por propia voluntad y amar ese servilismo. Para quienes ha sido terrible leer o saber lo qué es este mundo, mirando a varios de sus hermanos pidiendo la salvación, no tengo nada para comentarles. En cambio, si me preguntan, he tratado de ver esta situación tomando distancia, como quien ve con gracia un auténtico *reality show*, un teatro de marionetas, fantoches que además de su pinta estafalaria de hombres de bien, tienen un discurso lleno de absurdos y comedia; teatro de luz y sonido el cual no deja a varios de hipnotizar. En tal sentido valdrá seguir disfrutando de toda esta gracia de crear y refreír viejas y nuevas propuestas de vida siempre apegadas a la democracia, eso sí, sin dejar de tener claro que es un circo, un sinsentido, una comedia del absurdo y sólo eso. Si por algo se ha caracterizado esta humanidad es por darnos perlas de ingenuidad, muchas de las cuales lo único que provoca es risa, una enorme carcajada la cual hace soportable su lectura o su vivencia. No nos tomemos tan enserio lo dicho en este ensayo y tratemos de disfrutar lo que está por venir.

En cierto tono de recomendación, prefiero solicitar se recuerde y retome a los clásicos -antiguos y modernos- para salir de esta vulgar esfera ensordecedora y falsaria llamada democracia; dejar de lado la seriedad de los textos veleidosos y complacientes de los discursos a favor de lo mejor, del progreso y del bien común, eso si, a sabiendas de no poder hacerlo por demasiado tiempo, porque en el momento de dar nuestro siguiente paso formaremos parte de eso mismo que criticamos y nos contraría. Estamos cercados, sitiados en la encandiladora buena voluntad de la mayoría democrática. Pretender salir por completo de esta esfera es tanto como el suicidio, y pocas cosas serían tan patéticas como proponerlo por una causa perdida.

He tratado de ser severo, pero me falta el consuelo de alguna compañía en este camino. Quizá por ello me refugio en el corazón. Porque lo verdaderamente necesario es adentrarse en el corazón de uno mismo, dejar de perseguir las utopías de cambio, las cuales lo único causado en los hombres es frustraciones por nunca llegar a ellas, arrebatando a la costumbre las ansias de prosternarse ante la mínima amenaza hacia nuestra libertad. Saber a cabalidad que somos lo que somos, no más; y de nosotros va, y de nadie más, que no sea menos. Y en ese volver a pasar por el corazón, porque ese es el significado de recordar, nos daremos cuenta del líquido rojo que nutre a la trémula carne en la cual habita un muy frágil espíritu, por lo tanto no somos los dioses a quienes se les ha prometido el paraíso, y estamos en este mundo para sobrellevar la existencia y en tal sentido, divertirnos mientras dure nuestro tránsito en estas tierras. La simulación del mundo el cual tenemos está aquí, no es para desdibujarlo con falsedades pasadas o creídas como verdad. Tampoco está para desgarrarse vestiduras, renegar o maldecir nuestra condición, lloriqueando en espera del consuelo. Mejor deleitémonos con esta puesta en escena.

Ahora, mi ansia de encontrar un bien se pierde a cada palabra. Me quedo en la víspera de un terremoto o un mínimo temblor que acabe con lo escrito mientras me rio con una nueva mirada de la democracia: el viejo rey ha muerto, larga vida al rey.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles, *Obras*, Madrid, Aguilar, 1964,
- Ayala Blanco, Luis Alberto, Citlali Marroquin, *El poder frente a sí mismo*, México, Sexto Piso, 2003, primera edición, 116 pp.
- Ayala Blanco, Luis Alberto, *El silencio de los dioses*, México, Sexto piso, 2004, primera edición, 166 pp.
- Baudrillard, Jean, *De la seducción*, España, Altaya, 1999, primera edición, 170 pp.
- Beneyto Pérez, Juan, *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, Aguilar, 1950, primera edición, 469 pp.
- Berman, Morris, "Haz Chic" *Revista SP Revista de Libros*, México, SP Distribuciones, diciembre enero 2009-2010
- Berman, Morris, *El crepúsculo de la cultura americana*, México, Sexto Piso, 2002, primera edición, 237 pp.
- Bobbio, Norberto, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 193 pp.
- Boorstin, Daniel Joseph, *Los pensadores*, Barcelona, Crítica, 2005, primera edición, 344 pp.
- Boron, Atilio A. et al., *La filosofía política clásica: de la antigüedad al Renacimiento*, Buenos Aires, CLACSO, Eudeba, 1999, primera edición, 285 pp.
- Calasso, Roberto, *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, España, Compactos Anagrama, 1999, segunda edición, 372 pp.
- Canetti, Elias, *Masa y poder*, España, Alianza/Muchnik, libro de bolsillo, 1999, cuarta reimpresión, 492 pp.
- Caraco, Albert, *Breviario del Caos*, México, Sexto Piso, 2004, primera edición, 133 pp.

- Chesterton, Gilbert Keith, *Lo que está mal en el mundo*, España, Acantilado, 2008, primera edición, 256 pp.
- Cioran, Émile Michel, *Adiós a la Filosofía*, España, Altaya, Grandes obras del pensamiento contemporáneo, no. 17, 1998, primera edición, 146 pp.
- Cioran, Émile Michel, *Historia y utopía*, España, Tusquets, colección marginales 102, 1998, primera edición, 108 pp.
- Clastres, Pierre, *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*, México, Fondo de Cultura Económica, colección popular 646, 2009, segunda edición, 78 pp.
- Clastres, Pierre, *Investigaciones en antropología política*, España, Gedisa, 1981, primera edición, 255 pp.
- Colli, Giorgio, *El libro de nuestra crisis*, España, Paidós: Universidad Autónoma de Barcelona, Instituto de Ciencias de la Educación, 1991, primera edición, 139 pp.
- Dahl, Robert A., *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Madrid, Taurus, 1999, primera edición, 246 pp.
- Deleuze, Gilles “Caracteres del resentimiento”, *La Gaceta*, núm. 462 México, Fondo de Cultura Económica, julio 2009
- García Moreno, Luis A., Gabriel Tortella, *La democracia ayer y hoy*, España, Gadir, 2008, primera edición, 262 pp.
- García Pelayo, Manuel, *Las formas políticas en antiguo oriente*, Caracas, Monte Ávila, 1969, primera edición, 239 pp.
- Gómez Dávila, Nicolás, *Escolios a un texto implícito*, Selección, Colombia, Villegas editores, 2002, primera reimpresión, 500 pp.
- Guénon, René, *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, Barcelona, Paidós, colección orientalia 48, 1997, primera edición, 242 pp.
- Heródoto, *Historia, Libros III-IV*, Madrid, Gredos, Biblioteca clásica Gredos No.21, 1979, 502 p
- Hillman, James, *Un terrible amor por la guerra*, México, Sexto piso, 2010, primera edición, 270 pp.

- Jellinek, Georg, *La Declaración de los Derechos de Hombre y del Ciudadano*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, Serie Estudios Jurídicos no. 12, 2000, segunda edición, 199 pp.
- Jünger, Ernst “Tres fragmentos de la guerra, nuestra madre”, *La Gaceta*, número 435, Fondo de Cultura Económica, marzo 2007
- Kafka, Franz, *Cuentos completos*. España, Valdemar, serie clásicos 4, 2009, quinta edición, 446 pp.
- La Boétie, Étienne de, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, México, Sexto piso, 2003, primera edición, 104 pp.
- La Boétie, Étienne de, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Barcelona, Tusquets, 1980, primera edición, 195 pp.
- López Corredoira, Miguel, *Contra la democracia*, [en línea]. Revista de filosofía práctica Universidad de Los Andes Mérida – Venezuela, Junio de 2004
Dirección URL:
<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/19042/2/articulo8.pdf>
[Consulta: 15 de noviembre de 2010]
- López Latorre, José, *Silencios*, México, Sexto piso, 2002, primera edición, 128 pp.
- Maffesoli, Michael, *La política y su doble*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1992, primera edición, 37 pp.
- Marcos, Patricio, *¿Qué es democracia?*, publicaciones Cruz O., S.A. México, 1997, primera edición, 348 pp.
- Marcos, Patricio, *El Estado*, México, Edicol/México, 1977, primer edición, 127 pp.
- Marías, Javier, *Tu rostro mañana. 1 Fiebre y lanza*, España, Alfaguara, 2002, primera edición, 475 pp.
- Menzel, Adolph Friedrich Erdman Von Calicles. *Contribución a la historia de la teoría del derecho del más fuerte*, México, UNAM, serie estudios filosóficos, cuaderno 15, 1964, primera edición, 148 pp.
- Michelstraedter, Carlo “La seguridad”, *La Gaceta*, núm. 466, México, Fondo de Cultura Económica, octubre, 2009

- Muñoz de Baena, Guillermo “Sálvese quien pueda”, *Algarabía*, núm. 77, año X, México, febrero, 2011
- Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, colección Austral, no. 1, 1969, decimoctava edición, 181 pp.
- Pabon Suarez de Urbina, José Manuel, *Diccionario manual Griego: Griego clásico Español*, Barcelona, VOX, 2007, 20ª edición, 771 pp.
- Parkinson, C. Norticote, *La evolución del pensamiento político*, Bilbao, Deusto, primera edición, 1971, primera edición, 395 pp.
- Pavić, Milorad, *Diccionario Jázaro*, España, Anagrama, tercera edición, 2000, 2 volúmenes.
- Pessoa, Fernando, *Contra la democracia. Una Antología de escritos políticos*, México, UAM, Colección de Cultura Universitaria, Serie/ensayo no. 34, 1985, primera edición, 162 pp.
- Platón, *Diálogos IV República*, Madrid, Gredos, Colección Biblioteca Clásica Gredos 94, 2008, primera edición, 502 pp.
- Pokrovskii, V. S., *Historia de las Ideas Políticas*, México, Grijalbo, 1966, primera edición, 621 pp.
- Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, México, Espasa Calpe, 2001, vigesimosegunda edición
- Rodríguez Varela, Alberto, *Historia de las ideas políticas*, Buenos Aires, Az, 1989, primera edición, 407 pp.
- Romero, Jorge Javier, conductor, Todas las versiones, cápsula La Igualdad, México, IMER, Radio 2010 Dirección URL: http://www.radio2010.imer.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=135&Itemid=119
- Rousseau, Jean Jaques, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*, España, Tecnos, 1990, primera edición, 265 pp.
- Sabine, George Holland, *Historia de la teoría política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, primera edición, 677 pp.

- Sartori, Giovanni, *Teoría de la democracia 2. Los problemas clásicos*, Alianza, España, 2000, segunda reimpresión, 178 pp.
- Savater, Fernando, *Panfleto contra el todo*, Madrid, España, Alianza editorial, 1995, cuarta reimpresión, 202 pp.
- Strauss, Leo, *La ciudad y el hombre*, Katz, Buenos Aires, 2007, primera edición, 344 pp.
- Theimer, Walter, *Historia de las ideas políticas*, Barcelona, Ariel, 1960, primera edición, 549 pp.
- Touchard, Jean, *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Tecnos, Serie de Ciencia Política, 1969, quinta edición, 658 pp.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 1999, primera edición, pp. 330
- Žižek, Slavoj, *En defensa de la intolerancia*, Madrid, Sequitur, 2008, primera edición, 124 pp.